

LA RAZÓN QUE  
ME LLEVÓ HASTA

*Paris*



*Martina Leiva*

LA RAZÓN QUE  
ME LLEVÓ HASTA

*Paris*

La razón que me llevó hasta París  
Primera edición.

© 2020, Martina Leiva.

© Imagen portada: Adobe Stock.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

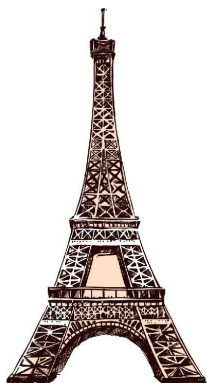
[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)



## CAPÍTULO 1

—¡Penélope! —exclamó mi madre agitando el brazo.

—Dime mamá, ¿qué quieres?

—¿Te has puesto el protector solar, hija?

—Sí, sí, mamá, gracias.

Mostré mi mejor sonrisa camino de la orilla, aunque un poco podrida por dentro sí que estaba. Y es que, de no verlo no creerlo. Veintiocho añitos, un par de desafortunados tientos amorosos que no habían llegado a ninguna parte, y los últimos cinco años de mi vida con Manu.

Ahora llevaba seis meses sola, pues habíamos roto principalmente porque él tenía una relación casi enfermiza con su familia. No, no es que yo sea una acaparadora ni una celosa, es que su idea de tomarnos un día para nosotros tenía más de ir a ver a su madre, a sus cinco hermanos y a sus veinte sobrinos, que de ninguna otra cosa.

Un par de años me llevó tomar una decisión que estaba cantada y que más me hubiera valido tomar antes. Pero por aquello de que “nunca es tarde, si la dicha es buena”, yo me puse el mundo por montera y me decidí a afrontar un nuevo y emocionante capítulo de mi vida sin pareja. Mentiría si dijera que los comienzos fueron fáciles, aunque unas cuantas semanas después de que Manu se hubiera marchado, empecé a apreciar las muchas virtudes que también tiene la libertad y corroboré que no me había equivocado.

Los nuevos derroteros de mi vida sentimental, al estar más sola que la una, me habían servido también para centrarme en mi faceta profesional. A resultas de aquella, abandoné mi puesto de toda la vida en una de las secciones de moda de El Corte Inglés y me lancé a la aventura empresarial en Internet. Por suerte y, de manera totalmente improvisada para mí, di el campanazo y mi tienda online de ropa y complementos comenzó a experimentar una proyección meteórica.

Consciente de que me quitaban el género de las manos, invertí mis primeras ganancias y estas me fueron devueltas multiplicadas por diez. Así las cosas, en tan breve espacio de tiempo había ganado más dinero que en los últimos cinco años, por lo que decidí que era hora de darme un caprichito. El calendario marcaba el mes de julio e Ibiza era un destino que me llamaba y que además yo desconocía.

En esa nueva etapa de crecimiento personal y profesional tomé una decisión inédita en mí; me iría de viaje sola. Mis mejores amigas, Paula y Lucía, antiguas compañeras de trabajo, me

animaron a ello.

El día que puse el pie en aquella maravilla componente de Las Pitiusas, con la única compañía de mi maleta, supe que había acertado de pleno. Llegué al hotel y, tras soltar el equipaje, me dirigí hacia una paradisíaca cala con idea de repanchingarme en una hamaca. Justo la estaba tocando con la yema de los dedos cuando todo dio un giro inesperado en forma de llamada telefónica de mi madre.

—Pe, ¿dónde estás? —Mi madre a veces me llamaba por ese diminutivo porque por razones obvias el de Pene estaba descartado.

—Mamá, en Ibiza, ¡ya sabías que llegaba aquí hoy!

—Sí, sí, y nosotros también.

—Vosotros también, ¿qué?

—Que hemos llegado a Ibiza, hija, y con tu hermano.

Mi cabeza en ese momento se convirtió en una especie de olla exprés de la que salía vapor y más vapor. Vale, vale, igual era una trola, que mi madre a veces tenía un humor que había que pillarlo.

—Mamá, como broma ha estado bien, anda. Déjame que me relaje un poquillo en la playa.

—Huy, Miguel, dice la niña que es broma, dile tú lo que hay delante del hotel para que se convenza de que estamos aquí —le dijo a mi padre.

—¿Va en serio, mamá?

—Totalmente, hija, ¿no te hace ilusión? Nos alojamos en tu mismo hotel, me quedé con la copla cuando me lo enseñaste. Vuélvete de donde sea que estés y ven a darnos un abrazo, que hace mucho que no nos vemos.

Sí, exactamente hacía dos días. Ese fue el momento en el que yo maldije mi falta de sensatez al no haber previsto aquella posibilidad. Cierto que mi madre era una buena persona y que yo la adoraba, pero metomentodo era un rato largo.

Por lo que yo oteaba en el ambiente, la mujer debía haber pensado que era muy triste lo de viajar sola, cuando constituía una de mis metas y yo estaba lampando por ello. Mi padre era bastante más cauto en todo lo concerniente a mi vida, pero dado que “donde hay capitán no manda marinero”, él solía ponerse a las órdenes de mi madre cuando a ella se le metía algo entre ceja y ceja.

Claro que durante los años que estuve con Manu ella debió pensar que yo le pondría los puntos sobre las íes si se colaba demasiado en nuestra vida; pero ahora se veía con potestad para hacer y deshacer a su antojo, sin encomendarse ni a Roma ni a Santiago.

De vuelta al hotel, sin apenas haber podido disfrutar ni de un mísero rayo de sol, comprobé con pavor que no se trataba de ninguna broma de mal gusto, sino que allí estaban mis padres con mi hermano Santi. Ver allí a mi hermano no es que supusiera ningún alivio a tan extraña situación porque, a pesar de tener ocho años menos que yo, Santi no es que pudiera calificarse precisamente como un chorro de alegría. Obsesionado con los estudios, yo ponía la mano en el fuego porque ningún otro joven había aterrizado en Ibiza con ánimo de divertirse menos que él.

—¿Qué llevas ahí, hermanito? —le pregunté después de darnos los preceptivos besos al encontrarnos en el *hall* del hotel.

—Mis libros, Penélope, ¿qué van a ser?

—Por Dios, Santi, ¿los tuyos o la colección completa de la Biblioteca Nacional?

—No digas tonterías anda, es solo por ir adelantando materia para el curso que viene —Santi estudiaba Ingeniería de Telecomunicaciones, vamos lo que viene siendo un cerebritito.

—Si acabas de terminar el curso con un puñado de matrículas de honor, no me seas agonía...

—Pues eso, hay que ir pensando en el siguiente...

Por Dios bendito, él pertenecía a una rama de jóvenes condenada a la extinción por exceso de responsabilidad, y caracterizada por tener la cabeza dura como el mármol. Por esa razón yo sabía que cualquier intento de convencerle caería en saco roto.

—Hija, ¿te hemos sorprendido? —me preguntó mi madre emocionada.

—No sabes tú cuánto.

Una y no más, Santo Tomás. Aquello no volvía a pasarme. La próxima vez que me fuera de viaje, se enteraban del destino a mi vuelta. Pero en esta ocasión el mal ya estaba hecho y ahora se trataba de minimizar los daños colaterales.

—Pues nada, nos ponemos los bañadores y ya estamos en la playa, que por fin estás tú acompañadita. Ni a soñar que te hubieras echado podrías haber imaginado algo así, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas ni un ápice, mamá. —Pensé que iba a necesitar un buen puñado de resignación cristiana para sobrellevar la situación.

—Pues nada, nos quedamos todos juntitos una semana, y luego de vuelta en el mismo vuelo para Madrid; lo hemos cuadrado a la perfección.

Bien se notaba que estaban jubilados, porque se habían empleado a fondo en desgraciarme las vacaciones. Interiormente me tiraba de los pelos, pero por fuera aun me daba pena de fastidiárselas a ellos.

—Mamá, yo a la playa no voy que quiero echarles un vistazo a los libros nuevos. —Lo de mi hermano era digno de un buen psicólogo.

—Santi, tú te vienes a darte un baño ahora mismo, que estás más blanco que una pescadilla. Y como te pongas tonto, no te dejes estudiar en todo el verano. —Lo de mi familia era surrealista, el mundo al revés.

—Pero mamá... —Por mucho que se quejara, no le iba a servir para nada.

—No me repliques, Santi. —A ella solo le faltó decirle que cogiera los manguitos y que hasta dos horas después de comer no se bañaba.

Pues nada, el cuadro ya estaba completo. Mi madre, con una pamelita que superaba en diámetro a algunas plazas de toros; mi padre, que se pasaba el día pidiéndole a mi hermano que le explicara no sé qué teoría de cuándo las ondas rebotaban en los árboles; y el sapientín y retoño de la familia, con cara de limón por tener que estar perdiendo el tiempo en la playa.

Ante semejante panorama, siempre me quedaba la posibilidad de meterme en el agua a hacer el muerto y comprobar hasta dónde tenía a bien el mar llevarme; cuanto más lejos, mejor. No obstante, por aquello del instinto de supervivencia, decidí darme un baño de una forma un tanto más tradicional y dejar el riesgo por si la cosa se ponía todavía peor.

Entregándome al relax de las aguas ibicencas, pensé que nada más podía pasar. Pero visto lo visto, pronto llegué a la conclusión de que todo era susceptible de empeorar.

—¡Ains! —pegué un grito cuando noté aquel picotazo en el gemelo.

Menos mal que dicen que las medusas tienen la visibilidad reducida y que tienes que ser tú quien te acerques a ella, porque yo no tenía ninguna intención y aquella me había dado un calambrazo de campeonato.

—¿Estás bien? —Debían haberse puestos todos de acuerdo, porque de campeonato era también el maromo que me preguntó.

—Más o menos, creo que me ha picado una medusa, me cuesta apoyar el pie. —¡Qué

vergüenza, no podía parar de dar saltitos!

—Te ayudo. —Se ofreció y me apoyé en su brazo, que tenía la anchura de mi muslo.

—Gracias, no te voy a decir que no. —Hubiera sido una pena, porque entre el dolor que tenía, y lo bueno que estaba el muchacho, me venía de perilla.

—¿Mejor? —Me ayudó a sentarme en la orilla.

—Mejor, mejor, es que no veas si tienen mala leche los bichillos esos...

—Tú no eres de aquí —dijo y causó mi risa.

—Vaya hombre, algo de razón tienes, soy de Madrid. Pero mira quién fue a hablar, ¿de dónde eres?

—Soy francés. —Se echó a reír, es que su ocurrencia había sido de traca.

—Pero no me vayas a decir que has aprendido a hablar así en vacaciones —Le imité y reí también.

—No, mujer, sería la bomba eso. Es que mi madre es española, pero se instaló hace muchos años en París, donde conoció a mi padre.

—¡Qué romántico! —exclamé sin pensar.

—¿Has estado en París? —me preguntó.

—No, lo tengo como asignatura pendiente —suspiré.

—Pues esa la tienes que aprobar, te lo recomiendo.

—En una de estas me animo. Si lo hago, te llamo —bromeé.

Yo solía ser abierta y me encantaba conocer gente nueva, pero con ese chico como que sentí una sintonía especial.

—Claro, no dejes de hacerlo. Si quieres, te doy mi teléfono, es muy fácil de recordar.

—¿Me vas a dar tu teléfono sin saber siquiera cómo te llamas?

—Tienes razón, Noel, me llamo Noel.

—¿Como Papá Noel? —bromeé llevándome la mano al gemelo por el dolor.

—Sí, pero con menos barriga. —Eso no hacía falta que lo jurara, parecía recién salido del taller de un escultor de primera.

—¿Y tú? —me preguntó mientras el azul de sus ojos rivalizaba con el del mar.

—Yo espero no competir tampoco con él en barriga. —Que para eso me cuidaba.

—No, claro, que no, estás estupenda. Digo tu nombre.

—Ah eso, Penélope, soy Penélope.

—Anda, como la Cruz —respondió.

—Bueno, con algo de menos glamur, pero sí. —Reí.

—¿Menos glamur? Creo que estás muy equivocada. Yo te veo hasta un poco parecida, fíjate.

Ni en el blanco de los ojos me veía yo el parecido, más allá de que ambas fuéramos morenas y con los ojos marrones; pero no me iba a quejar por la comparación hecha por aquella belleza andante.

—Pues nada, si tú lo dices...

—¿Estás en Ibiza de vacaciones con amigas?

—No, sola. —La mente me jugó una mala pasada—. Bueno, en realidad con toda mi familia.

—¿Cómo, estás jugando al despiste? Igual estoy preguntando demasiado...

—No, es que la cosa tiene miga, es larga de explicar; mucho me temo que ahora con mi familia.

—Si quieres puedes explicármelo tomando una cerveza. —Me ofreció junto con su amplia sonrisa.



—Igual en otro momento, ahora me voy a acercar a los míos antes de que den parte de mi desaparición al socorrista.

—Como quieras, saldrás por la noche supongo, ¿no? —insistió.

—No creas, no entra demasiado en mis planes.

—Pues si cambias de idea en algún momento, apunta en la mente mi teléfono. — Me lo dijo y cierto que no era difícil.

El fornido chico me ayudó a levantarme y lo hizo como si yo fuera una pluma. Por aquello de que las comparaciones son odiosas, pensé que en Noel cabían dos Manus; y no porque le sobrara ni un gramo, que era pura fibra, sino porque mi ex, aunque era agraciado de cara, estaba un tanto enclenque. ¡Y yo un tanto falta de jarana, que todo había que decirlo!

Miré a lo lejos y divisé a mi familia entre el barullo. Aunque cojeaba un poco, iba con una sonrisilla tonta en la cara. De no ser porque la algarabía de la noche no era lo mío, hubiera aceptado la invitación de mi salvador parisino. El caso es que no me veía yo en una megadiscoteca con DJ's pinchando música electrónica hasta el amanecer. Yo el amanecer tenía pensamiento de verlo fresca como una lechuga, que para eso me parecía uno de los grandes alicientes de la isla, junto con las puestas de sol.

No es que yo fuera aburrida como una ostra, ni mucho menos, pero sí era más de ocio y tapeo de día, playita, sol a raudales y cientos de fotos con modelito blanco entre las típicas casitas blancas y azules. Y es que, a mí, la Isla Blanca me había atraído desde siempre y tener toda una semana para recorrerla a placer como que era la culminación de un sueño. Lo único que esperaba es que mi familia no lo convirtiera en una pesadilla.



## CAPÍTULO 2

—Pe, esta noche me voy a dormir a tu habitación, que anoche discutí con tu padre. —Con semejante “amenaza” de mi madre tuve que encarar mi segundo día de vacaciones.

—Mamá, ¿se puede saber de qué estás hablando? Papá es más bueno que el pan, no creo que se merezca eso, no le vayas a dar el día.

—Ya estaba mi hija tardando en darle la razón a su padre, ¡cómo no caí antes! Él nunca hace nada, la mala del cuento debo ser yo —refunfuñó.

—Mamá no es eso, ni mucho menos. Solo digo que no creo que papá hiciera nada tan grave como para que tengas que irte de tu habitación y encima aquí, que debéis estar como de luna de miel. ¿No te has fijado en que esto es una preciosidad?

—Sí, sí, muy bonito. Pero es que tu padre no es un santo como tú crees, menudo disgusto.

—Suéltalo, anda y te doy mi parecer —resoplé.

Tenía dos, o escucharlo de una vez, o que mi madre se quedara con el run run en la cabeza y al final hiciera del asunto una pelota del tamaño del globo terráqueo.

—Pues nada, que lo pillé anoche en el balcón mirando a las chicas pasar.

—Mamá, por favor —reí a placer—, que mirar es gratis, no me seas animal de bellota, anda.

—De eso nada, tu padre no me mira más que a mí, que para eso soy yo la que lleva treinta años lavándole los calzoncillos.

—Mamá, ¡qué antigua! ¿Es que tú no miras cuando ves a un hombre guapo?

—Sí, pero con disimulo. Y sin decir ni esta boca es mía, de paso.

—¿Papá le estaba diciendo cosas a las chicas? Eso sí que no me lo creo, ni borracha, vamos.

—Muy bonito, no te lo creas. Ahora resulta que tu madre está chalada, nada si este es el pan nuestro de cada día, que os pongáis de parte de tu padre.

—No es eso, mamá, ¿y qué les decía? —Quise desmontar aquella fantasía suya que podía traerle a mi padre más de un quebradero de cabeza.

—Siéntate, siéntate, que te vas a caer de espaldas. —Me señaló a la mesa.

—¡Mamá no me taladres, que estoy sirviéndome el desayuno! —Vamos, me iba ella a privar del placer de coger toda clase de exquisiteces en el buffet.

—Pues les decía que esperaran, que él iba a bajar —soltó con cara de haber ingerido no uno sino varios pepinillos en mal estado.

—¿Papá dijo eso? Vamos mamá, no me hagas reír. —Ni en mil vidas que viviera hubiera tenido mi padre tal osadía.

—Tú dirás misa, Penélope, pero eso fue lo que escuché y ya sabes que yo el oído lo tengo muy bueno.

—¿Amelia ya le has ido a la niña con la cantinela? Que te doy mi palabra. —Ya teníamos a mi padre detrás, temeroso de la que le podía venir encima.

—Tú calla, la cara de vergüenza se te debía caer, a tu edad, y con tu mujer delante...

—Pero Amelia, que estaba hablando con el niño, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—Y dale Perico al torno, este hombre se ha creído que yo me he caído de un guindo.

—Pregúntale ahora a Santi cuando venga, a ver si estaba anoche o no debajo del balcón.

—¿Sí? ¿Y yo por qué no lo vi? Porque me asomé y allí solo había un grupo de chavalas; por cierto, de la edad de tu hija. ¡Qué bochorno! Lo último que esperaba yo a nuestra edad, que mi marido fuera un viejo verde.

—Pero Amelia si tú sabes que para mí no la hay más bonita que tú...

—Eso, tú dame coba, pero yo sé muy bien lo que escuché, que ibas a bajar...

—Amelia, porque tu hijo estaba debajo de los árboles estudiando, y yo le dije que iba a bajar para espabilarlo. ¡Abrase visto! En Ibiza y con los libros por la noche, este hijo se nos va a volver autista. Total, que como le di la brasa, se levantó y se fue.

—No, si ahora la culpa va a ser del niño. Él se ha vuelto un asaltacunas y ahora el rarito es tu hermano, Pe.

—Mamá, un poco rarito sí que es el niño, no le quites la razón por completo a papá. ¿Y ves? Todo tenía una explicación.

—Una explicación que yo no me creo. Le voy a preguntar en cuanto llegue y como vea que le haces algún gestito para salvar tu pellejo, te caes con todo el equipo, Miguel, advertido quedas.

—¿Qué le estás diciendo a papá? Buenos días. —Mi hermano se acercó y nos dio un beso—. Y, por cierto, papá, anda que no diste calor anoche, ni dejarme leer un ratito tranquilo.

Mi padre y yo nos echamos a reír a mandíbula batiente, sin que mi hermano entendiera nada y ante la cara de estupefacción de mi madre, obligada a bajarse del burro a marchas forzadas.

—Pues una cosa te voy a advertir, marido, cuidadito con donde pones los ojos, que te voy a tener atado en corto.

—¿A papá? ¿Qué dices, mamá? Si papá es más inofensivo que un cuchillo de goma... —replicó mi hermano.

Así era mi madre, cargante como ella sola. Vale que tenía un corazón de oro, pero en una competición de gente pesada se llevaba el primer, segundo y tercer puesto.

Más tranquila, después de meterse entre pecho y espalda un desayuno que no se lo saltaba un galgo, nos dispusimos a ir de nuevo a la playa. Todos contentos, salvo mi hermano, que volvía a blasfemar sobre la pérdida de tiempo que ella suponía.

Yo no sé si fue el disgusto que el muchacho llevaba o que las aguas de Ibiza y mi familia estaban enemistadas, pero el siguiente numerito estaba en camino.

—¡Penélope! —chilló Santi con lo que yo creía que era un megáfono, pues resonó en la playa entera.

—¿Qué te pasa, hermano? Yo estaba haciendo cabriolas en el agua a unos dos o tres metros de él, para desestresarme.

—Que creo que al final mamá tiene razón y me ha dado un corte de digestión.

Cielos, aquellas palabras, que habían formado parte de la jerga veraniega de mi madre desde

que yo no levantaba un palmo del suelo, me sonaron a tragedia.

—¿Por qué lo dices, Santi? —Iba nadando en su dirección

—Porque me estoy mareando. —Conforme llegué a él noté que parecía tener ictericia, de lo amarillo que estaba.

—Espera que te saco, que te has metido demasiado. —Claro, él como era más largo que un día sin pan, siempre tenía pie.

—Corre, hermanita, que me desmayo—. Esa era otra peculiaridad de mi hermano, que era más exagerado que el cine y que de todo hacía un mundo.

—No hombre, no me hagas eso. —Llegué a su altura con la lengua fuera e intenté hacerle señas al socorrista que, sin embargo, tenía los prismáticos puestos justos a dos palmos de él; en las domingas de plástico de una tetona. Y no es por ser mal pensada, pero no cuela que las hubiera confundido con salvavidas.

—Penélope, menos mal que estás aquí, hermana, no aguanto más, me hundo...

—Pero Santi, si tienes pie, solo debes quedarte inmóvil; lacio, que eres muy lacio.

—Pues yo noto que me hundo...

—Y yo que me falta el aire desde que aparecisteis ayer por aquí.

—Esas son las cosas de mamá, ¿a mí qué me cuentas?

—A ti nada, pero telita marinera lo que pesas, ¿cómo puedes ser tan largo? Me da que nuestros padres dejaron para el final el material bueno...

—Calla y nada, Penélope, no aguanto más...

—Yo sí que no aguanto más —gruñí.

En ese momento de nuevo una voz familiar llamó mi atención.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Tú estás como Dios en todas partes, Noel? —Me giré y vi a mi salvador, versión francesa.

—¿Conoces a este chico? —Mi hermano alucinando.

—Sí, sí, dame el relevo, por el amor de Dios, que me asfixio. —Le pedí a Noel.

—¿Qué te pasa, chaval? —le preguntó.

—Creo que me ha dado un corte de digestión, no sé.

—¿Sabes que en realidad se llama shock termodiferencial y lo provocan los cambios bruscos de temperatura?

—¿Y tú cómo sabes tantas cosas? —Negué con la cabeza mientras tomaba aire.

—¿Quieres decir que no es por la ingesta de comida y el agua? Eso vas a tener que explicárselo a mi madre, que nos la va a dar mortal.

Santi acababa de dar en la tecla. ¡Menudita era Amelia! Con un poco de mala suerte se nos habían acabado los bañitos durante toda la semana. Y es que lo más irritante de nuestra madre es que nos seguía tratando como si tuviéramos tres años.

—¿Qué le ha pasado a mi niño? —Escuchamos su voz abriéndose paso entre la muchedumbre que se concentró en la orilla.

—Jo, mamá, ¿ves por qué quería quedarme en el hotel?

—¿A comerte los libros? Deja, que bastante has desayunado ya, por eso te ha dado el corte de digestión, Santi.

—No, señora, le estaba explicando a su hijo que esto tiene más que ver con la temperatura que...

—¿Y tú quién eres y qué te ha pasado en la boca, muchacho? —Mi madre lo miró con interés.

—Mamá, se llama Noel y es francés. —Yo quería una capa de esas de invisibilidad, como la

de Harry Potter.

—¡Una ambulancia, una ambulancia! —chillaba mi madre al socorrista, que se acercó sin prisas—. ¿Se puede saber dónde estabas tú? Por poco se ahoga mi hijo, si no llega a ser por este chaval...

—Señora, yo estaba atendiendo otra urgencia, no se soliviente por favor, que está usted de vacaciones.

Yo preferí morderme la lengua y no contarle a mi madre la naturaleza de la urgencia que él estaba atendiendo, porque era capaz de sacudirle allí mismo.

—Miguel, cántale tú las verdades del barquero a este, que yo estoy con el niño.

Mi padre me miró sin saber qué decir, pues no se había enterado de la misa la mitad hasta última hora.

—A bueno he mandado yo, a tu padre; que, en vez de sangre, tiene horchata.

—Tranquila, mamá.

—¡Una ambulancia, niño! Y luego te enteraré yo de lo que vale un peine.

—Mamá, yo ya estoy mejor. —Mi hermano se estaba levantando.

—Hijo, a ver si a ti lo que te ha dado es impresión nada más, por la frialdad del agua, que como ya no estás acostumbrado a hacer vida de persona...

—Pues lo mismo ha sido eso, mamá, porque ya me voy encontrando mejor, vaya mal rato...

Noel me miró y yo le pedí por activa y por pasiva a la tierra que me tragara. Menudo espectáculo que acabábamos de dar entre todos y el monumento aquel allí en medio.

—Estáis muy aburridos, ¿o qué? Venga, ¡aire! —Miró mi madre a nuestro alrededor y dispersó rapidito a todos los que allí se habían concentrado.

—Bueno, pues yo también me voy —dijo Noel, supuse que deseando poner pies en polvorosa.

—¿Tú dónde comes, chaval? Seguro que tus padres no están aquí —le soltó a bocajarro mi madre.

—Mamá, que no es un niño, que es un hombre. —¡Y vaya hombre!, pensé.

—Gracias señora, yo luego subo al chiringuito, gracias.

—Claro que vas a subir, pero con nosotros, que para eso le has salvado la vida a mi niño.

—Gracias, señora, pero no ha sido para tanto.

—Mamá no insistas que el chaval tendrá mejores planes para comer.

—No, no, ninguno. Será un honor para mí acompañaros. —Me guiñó el ojo y le salió una sonrisa de medio lado que debía ser comestible, porque ganas daban de darle un bocado.

Al quedarnos a solas le mostré mi sorpresa.

—¿De veras que te apetece comer con mi familia? Mira que todavía no sabes lo cargante que puede llegar a ser mi madre. Te advierto que desconoces dónde te estás metiendo.

—Me va el peligro. Y si tú estás cerca, mucho más.

Conforme se dio la vuelta, me sacudí la cabeza con ganas de gritar, ¿acababa de decir lo que yo había escuchado? Sí, yo no estaba tan tarada, por mucho que mi madre me desequilibrara mentalmente. Lo había dicho el dueño de aquel culo que atraía miradas a docenas.

Demostrando que tenía palabra, Noel almorzó con nosotros.

—¿Y tú a qué te dedicas en tu país, muchacho? —le preguntó mi madre.

—Soy periodista —carraspeó él.

—Mira, a Penélope de pequeña le gustaban mucho los micrófonos, en eso os parecéis. —Ya estaba ella pico pala como si no se le notara el interés.

—Pero mamá, eso era porque a la hermana le encantaban los karaokes, no porque tuviera alma

de Susanna Griso —añadió mi hermano.

—¿Te gustan los karaokes? A mí también —confirmó Noel.

—Pues mi hija cantaba con su hermano por Pimpinela que eran un primor. —Mi madre no iba a parar hasta hacer sangre.

—Mamá, como si Noel conociera a Pimpinela, ¿no ves que él es francés?

—Sí, pero los conozco, a mi madre le encantaban. Son los de “¿*Quién es? Soy yo...*” —  
Comenzó a canturrear él para regocijo de mi madre.

—Este chaval es un encanto, Penélope, tendrías que salir a divertirte con él esta noche, que buena falta te hacerte correrte una buena juerga, hija.

—Mamá ¿y quién te ha dicho a ti que él vaya a salir esta noche? —Mi cara debió abarcar todas las tonalidades existentes entre el rosa y el granate.

—Claro, ¿a qué hora te recojo?

Vale, no voy a negar que, después de la que me estaba cayendo con mi familia, yo había sentido tentaciones de salir con Noel como válvula de escape, a ver si el alcohol me ayudaba a digerir un poco mejor su presencia, pero la forma en la que mi madre sacó el tema me pareció de lo más descarada.

—¿A mí? No sé —murmuré.

—A las nueve entonces —respondió él y siguió comiendo.



## CAPÍTULO 3

—¡Has venido! Así que no es una leyenda urbana, a algunos hombres no les dan miedo las citas y ello aun después de comprobar que la chica en cuestión proviene de una saga de locos digna de una telenovela. —Me monté en su coche y arrancó.

—¿Cómo de locos? Son de lo más divertidos, hacía mucho que no me reía tanto como lo he hecho en el almuerzo de hoy. Díselo a tus padres de mi parte, por favor.

—Deja, deja, te lo agradezco, pero no seas tan cumplido que corres el riesgo de que te metan en el pack y no te dejen ni a sol ni a sombra el tiempo que permanezcas aquí, que por cierto no sé cuánto va a ser.

—Ni yo tampoco —señaló sin dilación.

—¿Cómo que ni tú tampoco, vienes con billete abierto?

—Algo así, ¿y tú?

—Yo por una semana, de la que me quedan cinco días.

—¿Con posibilidad de ampliación? —preguntó.

—Pues no creo, la verdad. Para mí una semana ya es un triunfo, tengo un negocio que está dando sus primeros pasos y no puedo desatenderlo.

—¿Un negocio físico? —se interesó.

—No, no, virtual, pero igualmente tengo que estar muy pendiente de él.

—Pero eso podrías hacerlo desde aquí, ¿no te parece?

—A ver, bueno, no te digo que no, lo único es que no sé qué se me ha perdido a mí en Ibiza tanto tiempo. Además, ¿tú crees que yo he venido con ordenador y demás? Lo he hecho libre como el viento.

—Ese no es problema, podrías trabajar desde mi casa, tengo un ordenador de sobra.

—Desde tu casa, ¿es broma? Creí que estabas en un hotel.

—No, no, la cadena para la que trabajo ha puesto a mi disposición una casa.

—Bueno, bueno, tienes que ser un crack en lo tuyo. No creo que vayan alquilando casas para el personal a diestro y siniestro.

—Tampoco diría yo tanto, en cualquier caso, me interesa más hablar de ti.

—¿De mí? Mi vida es muy sencilla.

—Bueno, nadie dijo que una chica interesante tenga que contar con una vida complicada. A mi

entender, lo sencillo muchas veces es maravilloso. ¿No crees?

—Puede ser, pero ¿la chica interesante soy yo? —Me hice la tonta, tenía ganas de que me regalara el oído, hacía mucho que nadie lo hacía.

—¿Tú qué crees? Jamás se me hubiera ocurrido quedar con mis suegros antes incluso de besar a mi chica —bromeó.

—Vaya, entonces ¿eres de la opinión de que hemos empezado la casa por el tejado? —le pregunté.

—Igual un poco sí, pero siempre podemos remediarlo —me contestó sin vacilar, mientras llegábamos a nuestro destino, a unos minutos del hotel.

—¿Así de fácil? —Reí, un tanto cortada.

—Ya te lo he dicho antes, no le veo sentido a lo complicado. —Me sacó la lengua.

—¿Y si me lo pides en francés? —le sugerí.

Nunca me había dejado llevar así por un chico, esa era la única verdad verdadera. Con los pocos con los que había estado, incluido Manu, todo había sido demasiado convencional. Reconozco que Noel representaba para mí toda una tentación y, como tal, me provocaba unas enormes ganas de bebernos juntos la vida a sorbos.

—¿Quieres decir así? —Ignoro lo que murmuró en mi oído, solo puedo dar fe de que la cadencia de su voz me resultó arrebatadoramente sexy y romántica a la vez.

—Así, más o menos, repítemelo por favor. —Me mordí el labio inferior al mismo tiempo que notaba cómo se intensificaban los latidos de mi corazón.

De nuevo aquellas palabras que me causaban un nudo en la garganta con el que no era fácil lidiar y un calor generalizado que me hacían dudar si eran sanos, aunque notaba a las claras que sí deseables.

—Solo a cambio de ese beso. —Seguíamos dentro de su coche, como dos quinceañeros.

Carnosos, con textura aterciopelada, brillantes y cien por cien besables, así me parecían unos labios, los suyos, que incitaban al pecado. Yo nunca me había lanzado así a una boca, pero que me zurcieran si la de Noel no era la más provocativa que jamás se me había puesto a tiro. ¿Quién dijo miedo? Me acerqué y, mientras me tomaba del mentón, nos devoramos, irresistiblemente y a partes iguales.

Si Paula y Lucía me hubieran visto por un agujerito habrían flipado porque ellas eran de la opinión de que, en las cuestiones del amor, yo le buscaba siempre los tres pies al gato y perdía por ello oportunidades estupendas, a su parecer.

Yo pensaba que, si Noel hubiera aparecido en mi vida en Madrid, cabía la posibilidad de que pasara a engrosar esa lista de la que ellas hablaban. El caso es que no sabía qué tenía aquel lugar o si más bien era la persona en cuestión. Fuera como fuese, contaba con la seguridad de que lo que pasaba en Ibiza se quedaba en Ibiza.

Alguna extraña ley de la naturaleza debió hacer de las suyas para que nuestros labios no pudieran separarse; lo mismo que nuestras miradas que, clavadas la una en la otra, nos hablaban de pasión y deseo irrefrenable.

—Creo que deberíamos bajarnos ya. —Hice un esfuerzo sobrehumano por separarme de él y abrí la ventana para tomar aire, pues lo sentía muy viciado en el interior del habitáculo; aunque para vicio el nuestro.

—Creo que sí o no respondo y estaría bonito que nos detuvieran por escándalo público.

—Sobre todo si tiene que ser mi madre la que venga a sacarnos del calabozo, ¡cualquiera la aguanta!



—Bueno, no hables así de mi suegra, que me cae sensacional. —Estaba eufórico.

—Tú tienes muchas ganas de cachondeo, ¿no? —Le había cogido el gustillo a lo de hablar de su suegra y, en el fondo y por mucho que entendiera que formaba parte de su plan seductor, me daba subidón escucharlo.

—Define cachondeo, que a veces me pierdo en los contextos. —Se hizo el tonto.

—Yo creo que tú sabes más de lo que aparentas, del idioma y de lo que no es el idioma. Tira ya, anda.

—Habladurías... ¿qué conoces de la noche de Ibiza?

—Pues lo mismo que del día, todavía nada de nada.

—¿Cómo? Eso es un sacrilegio...

—Intuyo que no es la primera vez que vienes, parece moverte por aquí como pez en el agua.

—No te equivocas, la primera vez que vine tenía dieciocho años y no te voy a engañar; no me acosté en tres noches.

—Me puedo imaginar, y de eso, ¿cuántos años hace? —Me apetecía saber su edad.

—¿Tú cuántos me echas? De años digo, no creas que soy un pervertido. —Puso carita de que era todo oídos.

—Treinta y tres, por ahí por ahí.

—¡Eres un encanto! Me cogió la cara y me dio otro beso tan corto como intenso.

—¿Por qué? Ya estoy intrigada, ¿cuántos son? Quiero saberlo.

—Pues unos diez más que tú, que debes tener del orden de veintiocho.

—Jo, ¿tienes una especie de detector de edades o cómo va el tema?

—¿He acertado? No es por nada, pero se me da genial.

—Te ha faltado decir día y mes, asombradita me has dejado. —Ni que yo lo llevara en la frente, pensé.

—Eso no es nada, espero tener el honor de poder asombrarte de verdad. Y yo, ¿qué te parezco ahora que sabes mi edad? Estás a tiempo de salir corriendo del coche y perderte entre las calles.

—Pues igual sí que lo hago, estoy deseando perderme, pero contigo.

¿Lo que pensé? Que, si él se veía maduro a mi lado, con treinta y ocho años, bendita madurez. Noel me atraía más por momentos y eso no era algo a lo que yo estuviera acostumbrada. Es más, a decir verdad, aquello no me había ocurrido nunca y yo sentía que debía ser un flechazo de esos de los que tantas veces había escuchado hablar y que, sin embargo, nunca me habían acertado a mí.

Nos bajamos del coche y Noel me tomó de la mano. Así sin anestesia, lejos de resistirme, me dejé llevar. Por primera vez en mi vida estaba dispuesta a vivir una aventura amorosa y para ello reseteeé mi mente. Entre risas, avanzábamos por las calles mientras la animación procedente de algunos de los locales nos invitaba a comenzar a mover el esqueleto.

—¿Te gusta bailar? —me preguntó entusiasmado.

—Pues sí, aunque lo de la música electrónica no es que lo controle, no te voy a mentir. —Con él hasta me animaba a conocer el ambiente de uno de aquellos macrolocales, todo lo contrario al pensamiento que tenía cuando llegué a la isla.

—No te preocupes que a eso le coges tú el truquillo en un santiamén. Pero otro día, hoy prefiero que vayamos en plan relajado.

Sin duda que Noel iba a tiro hecho y que conocía la isla como la palma de su mano, pues me iba comentando qué era cada uno de los lugares que nos encontrábamos a nuestro paso.

Conforme íbamos avanzando tomé conciencia de por qué dicen que Ibiza es la capital del ocio nocturno, así como de la fiesta y la música en todo el planeta. Sus calles eran un hervidero y

enseguida nos vimos rodeados por los numerosos pasacalles, con sus disfraces extravagantes y *performances* en vivo y en directo, que pululaban por doquier promocionando las fiestas nocturnas.

—Ya hemos llegado, espero que te guste tanto como a mí, es uno de mis preferidos. —Señaló un precioso restaurante con una magnífica terraza al aire libre.

—No, creo que es muy feo, seguro que no me va a gustar —bromeé.

—¿Tan feo como tú? —Rio.

—Más o menos...

Nos sentamos y comprobé que el local era todavía más bonito y delicado por dentro que por fuera. El trato del personal fue exquisito y me percaté de que su cara les era conocida.

—Es su primera vez, tenéis que tratármela bien —le comentó al camarero que vino a tomarnos la comanda.

—Pues entonces os sugiero un menú degustación, todos nuestros clientes están de acuerdo en que el nuevo chef se está superando.

—No se hable más entonces, ¿te parece? —me preguntó.

—Me pongo en vuestras manos, a ver por dónde me sale el tiro. —En tan buena compañía tenía que salir bien.

Y salió, plato tras plato, lo que nos sirvieron eran una auténtica explosión de sabores a cada cual más innovador y perfecto.

—Y yo que venía sin mayores aspiraciones, más que las de descansar y desconectar. —Reí con una copa de excelente vino en la mano.

—Y vas a desconectar, de eso me encargo yo. —Me guiñó el ojo.

—¿Tú estás aquí por trabajo? —le pregunté.

—En parte sí, pero es un tanto complicado de explicar.

—Y, ¿cómo es tu vida en París? —me interesé.

Con Noel me ocurría que sentía una cercanía extrema, pero también que apenas sabía nada de él. De repente, un súbito calor me invadió, pensando en la posibilidad de que pudiera tener pareja en París y de que yo estuviera haciendo el primo, por mucho que no tuviéramos nada.

—Pues como la de cualquiera, trabajo, amigos, aficiones... Soy muy cinéfilo, me gustan las actividades al aire libre y soy un apasionado de los karts.

—¿Te gusta el peligro? —le pregunté por aquello de la velocidad.

—Soy de los que piensa que el peligro tiene un lado seductor un tanto atrayente, ¿no crees?

—¿El peligro en todos los sentidos? —arqueé las cejas.

—Creo que sé por dónde vas. En lo sentimental no, odio a las personas que llevan un doble juego o que engañan a otras por sistema, solo por vivir al límite, si es eso lo que te interesa.

—Entonces, ¿te consideras un hombre fiel?

—Cien por cien. Soy de los que creen que no es necesario mentir a ninguna mujer para pasarlo bien. Si una relación funciona, fantástico. Y si no lo hace, es mejor poner las cartas encima de la mesa y marcar el punto final.

—De lo que deduzco que no tienes pareja —solté.

—Deduces bien, ¿y tú?

—Tampoco —dije rápidamente, tanto que casi me atraganté. En mi cabeza tampoco entraba un siniestro plan de esos, por lo que me alegraba mucho saber que Noel fuera del mismo parecer.

Mis amigas siempre decían que estaba chapada a la antigua y algo de razón sí que tenían; pero es que yo, poco acostumbrada a ponerme en el mercado, veía como de otro planeta ciertas

actitudes de las que algunas personas alardeaban con total normalidad.

—Solo era una pregunta, no pretendía atentar contra ti, ¿estás bien? —Se me había agarrado la tos que era un gusto.

—Sí, sí, bien, gracias —Terminé tosiendo y riendo al mismo tiempo, mientras echaba vino por los ojos.

A la hora de los postres, Noel me recomendó una *greixonera* y yo caí rendida ante los encantos de tan succulento manjar.

—Es un pudín delicioso, ¡vaya sabor! —Puse los ojos en blanco mientras lo degustaba.

—¿Te gusta? Yo lo hago a menudo en mi casa —repuso.

—¿Eres un cocinillas? —Madre mía a aquel chico no parecía faltarle ni un perejil, lo tenía todo.

—No se me da mal, o al menos eso creo. Y la repostería me apasiona, es mi talón de Aquiles, por aquello de que hay que cuidarse.

—Bueno, bueno, tú te lo puedes permitir, no seas modesto.

—A cambio de machacarme luego en el gym, ¿tú haces deporte?

—Yo un poco de yoga, no me va tanto el riesgo como a ti, me temo.

—A ver, que tampoco es que sea yo un Hamilton de la vida, pero la velocidad sí es uno de mis fuertes, es innegable.

—¿Y de dónde te viene esa afición? Cuéntame...

—La culpa es del solfeo, aunque suene raro. —Se inclinó sobre la mesa como quien iba a contarme un secreto.

—¿Del solfeo? No entiendo, ¿qué tiene que ver el tocino con la velocidad?

—Pues que mi madre es pianista y se empeñó en que yo aprendiera solfeo cuando era niño. A mí aquello como que me aburría como una ostra y, siempre soñaba despierto con montar en un coche de carreras y marcharme de esas clases que me resultaban tortuosas.

—¿Y nunca se lo dijiste a tu madre? —Pensé que debía ser un buen niño.

—No, me daba pena decepcionarla, fíjate lo que son las cosas. Hasta que un día el subconsciente me traicionó y, ante la pregunta de mi abnegado profesor de música, imité el rugido de un motor y él entendió que algo fallaba...

Noel era de lo más divertido y ponía pasión en todo lo que contaba. Después de esa, me detalló algunas otras anécdotas de su infancia y juventud, de lo más saladas. Yo hice lo propio y le conté que de peque tenía a Santi como un muñequillo y que jugaba a vestirlo y desvestirlo, a pasearlo y a todo lo que una mami en miniatura pudiera hacer.

—Así lo has dejado y ahora te quejas de que es un bicho raro. Hace lo que puede por librarse de los traumas de su infancia, tú lo has lanzado a los brazos de los libros....

—¿Insinúas que yo soy la culpable? Vete a tomar vientos, el pobre ya venía tarado de nacimiento, con decirte que aprendió a leer a los dos años.

—¿A los dos años? Vale, vale, haber empezado por ahí. Debe ser un superdotado entonces.

—Sí, sí, lo es.

—El hijo de Margot, mi exnovia, también lo era —soltó con naturalidad—, el chaval nos ganaba a los dos al ajedrez con solo cuatro añitos.

—¿Cuánto tiempo hace que rompisteis? —Me apetecía tener información sobre su vida amorosa.

—Dos años, incompatibilidad de caracteres, supongo. Aunque lo hicimos de un modo pacífico y civilizado, todavía mantenemos una buena amistad. Y Remi me llama tío Noel.

—Bueno, mientras no te llame Papá Noel todo está medianamente controlado —Reí.

—No, no, a ese nivel no llegamos. —Se echó a reír también.

—¿Y tú? ¿Qué hay de los hombres de tu vida?

—Pues no te creas que tengo yo un amplio historial para relatar. Más bien se reduce todo a mi ex, Manu, madrero empedernido. Rompimos hace seis meses.

—¿Y ya lo tienes superado? —Se echó hacia atrás en la silla para escuchar mi respuesta.

—¿Tú qué crees? Bastante tengo con mi madre, como para aguantar todo el día a una suegra. A todos no nos gustan tanto como a ti. —Le busqué las cosquillas.

—No seas mala, no me gustan las suegras en general. Me hace chispa tu madre en particular, porque es todo un personaje.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Tenía proyectado este viaje en solitario y se colaron aquí dos horas después que yo, tipo sorpresa.

—¡Joder, pues sí que tiene peligro tu madre!

—Sí, más que una piraña en un bidé, es como si aparece ahora mismo la tuya por aquí para volver a llevarte a clases de solfeo...

—Oye, a mí no me amenazas, que yo no te he hecho nada. —Era muy gracioso.

Una sola conversación nos estaba sirviendo para saber muchas cosas más del otro y entre anécdotas, bromas, risas y un sinfín de indirectas, llegamos a las copas.

—Podemos ir a otro sitio si quieres, pero aquí, en la zona chill out, sirven unos cócteles que están de miedo, y la música es mucho menos estridente que en otros lugares.

—Pies, ¿para qué os quiero? —pregunté y danzamos para la otra zona, a pocos metros de distancia y también al aire libre, como no podía ser de otra manera.

Miraras adonde miraras, llamaban la atención los cócteles de vivos colores que todos portaban en sus manos. En aquel ambiente tan *cool* y ya un tanto achispadilla por el vino que habíamos tomado en la cena, me sentía como una *celebritie* y aproveché para tomarme algunos selfis mientras Noel iba por los cócteles a la barra.

—Espero que te guste, yo este lo veo muy tuyo, con toques de piña y coco —me sugirió al ponérmelo en la mano.

—¡Sí que está bueno! —exclamé al probarlo.

—Ni la mitad que tú. —Aproveché la coyuntura.

Sentados en aquel sofá, la tensión sexual que ambos estábamos conteniendo era evidente y tuvo que ser sofocada con unos cuantos besos.

—No me digas que tienes que irte a las doce como la Cenicienta, quédate esta noche conmigo —me propuso Noel.

—Cuenta con ello —le dije agarrada a su cuello y enviando a la mierda todos mis prejuicios.

Un par de horas más tarde, ardientes, llegamos a la casa en la que se alojaba, una auténtica cucada de una sola planta que incluía jardín con piscina.

—Bueno, bueno, pero qué calladito te lo tenías, si debes estar aquí como el marajá de Persia, bandido. —Recorrí el jardín corriendo.

—Sí, no me voy a quejar, aunque el jardín no estaba completo hasta que no ha llegado la más bonita de todas las flores. —Me besó.

—¡Y encima eres un adulator nato! Eso se lo dirás a todas tus conquistas, no vayas a creer que soy tan tonta de pensar que esas palabras son para mí sola.

—No creas que soy un hombre de conquistas, me gusta estar en pareja. —Me tomó por la cintura y continuó besándome.

Como si no hubiera un mañana, allí mismo comenzamos ambos a quitarnos la ropa, para a continuación, abrir las cristaleras que llevaban al amplio salón y terminar en la enorme cama del dormitorio de Noel.

Él entró un segundo en el baño y salió con el bóxer puesto. Yo le esperaba impaciente en la cama con una pose de esas que tantas veces había visto en las revistas, tipo foto *boudoir*. Sobre mi piel, un delicado conjunto interior de seda negro.

—Ni te muevas, ni te muevas, estás perfecta. —Saltó sobre la cama y sus labios fueron a encontrar los míos. Eres sexy hasta la saciedad, ¿lo sabes?

—Lo intuyo —dije, y luego me tapé la cara con las manos, pensando que no sabía si iba a ser capaz de seguirle aquel picante juego sin ruborizarme demasiado.

—Eres deliciosa cuando te tapas y también cuando no—. Apartó mis manos de la cara y sus labios volvieron a prestarle atención a los míos.

—¿Deliciosa como el chocolate, quieres decir?

—¡Ya quisiera el chocolate! —exclamó.

Suspirando, dedicó unas caricias a mi rostro.

—Lo he pasado genial, ha sido una noche increíble, como tú. —Llevó mi pelo detrás de la oreja.

—Si que lo ha sido, ¿y ahora qué?

Ahora yo notaba que los latidos de mi corazón eran infinitamente más potentes de lo normal y que una fuerza inusitada, procedente de mi interior, me empujaba a seguir hasta al final.

—Ahora todo, si tú quieres... —Me tumbó, dándome a entender que iba a encender la maquinaria de la pasión.

Un gemido por mi parte le indicó que estaba presta para dejarme llevar a las más altas cotas de placer, tras lo que él me tomó y me hizo sentar sobre sus caderas. Su miembro, palpitante y juguetón, no tardó en dar muestras de que también quería entrar en acción y, asíéndome por los hombros, Noel me invitó a rozarme sobre él hasta que sentí vibrar el centro de mi feminidad, poniéndose al rojo vivo.

No obstante, mi extrema excitación no impedía que mi cara se fuera tiñendo de ese mismo color; pues cada vez que el azul de sus ojos enlazaba el marrón de los míos, yo notaba que me derretía en sus fuertes brazos, que invitaban a columpiarse en ellos.

Cogidos de las manos, decidimos dedicarnos todo el tiempo que necesitáramos. Si algo nos decían nuestras miradas era que aquel acto no estaba sujeto al tiempo, y que contábamos con la suficiente libertad para disfrutarlo a nuestro antojo.

Soltando una de mis manos, Noel se las ingenió para despojarme del sujetador, mandando a paseo la poca tela que le impedía acariciar mis senos. Conteniendo el aire y grabando su imagen en sus retinas, comenzó a pellizcarlos para, a continuación, lamerlos con destreza.

Uno, dos, tres gemidos, y una sensación de estar pasando al siguiente nivel, le indicó que, de seguir por semejante camino, la cercanía de un intenso orgasmo estaba siendo anunciada. A ello ayudaba también aquel roce *in crescendo* con un miembro cuyas palpitaciones podía sentir en sintonía con las de su corazón.

Un último y certero pellizco fue el detonante para que yo sintiera un goce infinito que ahogué con un gemido sordo en su oído, mientras recibía un sugerente mordisco por su parte en la parte anterior del cuello.

—Dios, ha sido... —gemí nuevamente.

—Ha sido digno de repetir, preciosa. —Llevó sus manos a mi entrepierna y comprobó, con

lujuriosa mirada, la naturaleza de lo que la había empapado.

Sintiendo que lo que entre nosotros se cocía era puro fuego, yo deseaba que ardiéramos los dos y para ello no tardé en sugerirle al oído un “Quiero sentirte ya” que él acogió con júbilo. Notando que los dos estábamos tan preparados como deseosos, corroboré que Noel se movía con sensualidad, acariciando su lengua con la mía, hasta morderla levemente.

Cogiéndome por los hombros, me levantó y colocó su erecto miembro en la entrada de mi cavidad, que ya pedía a gritos que pasara a mayores. Lentamente, fui bajando mientras su miembro se introducía en mí, resbalando cual lo hace una stripper en su barra.

Una vez lo noté donde quería tenerlo, esto es, en lo más hondo de mí, me tomé unos segundos en los que los suspiros, entremezclados con gemidos, salieron de mi boca. Sin prisas, comencé a moverme primero hacía arriba y hacia abajo para luego empezar a describir húmedos círculos sobre su grueso miembro, que, debido a sus dimensiones, daba un extraordinario juego.

Me dedicaba a estrangularlo con mis partes íntimas para regalarle el máximo placer cuando noté que estaba cercano un cambio de roles que también me hacía hervir. Saliendo de mí, Noel me tumbó y, de una sola y certera embestida me poseyó. Buscando la aprobación en mis ojos, que no tardé en darle, comenzó a aumentar el ritmo de aquellas embestidas hasta que el frenesí se apoderó de ambos.

Ardiendo como estábamos, en nuestras miradas se divisaba el deseo de perpetuar un acto al que no queríamos poner fin.

—Quiero verte esa cara escandalosamente preciosa mientras te hago mía. —Me besó.

—Y yo quiero ver esa mirada mientras me posees.

Noel salió de mí y me dio la espalda. Empapada, esperé una entrada por la que ya clamaba de nuevo. Al sentirla, me miré en el espejo. Fue lujuria saltando entre las brasas de sus ojos lo que vi...

Horas después, Noel y yo dimos por finalizado nuestro primer asalto sexual, cayendo rendidos en brazos de Morfeo. Como si de dos amantes se tratase, lo hicimos agarrados y piel con piel, entre besos y murmullos.



## CAPÍTULO 4

—¡Pe! —mi madre me esperaba en la puerta de mi habitación por la mañana.

—¡Mamá! ¿Se puedes saber qué haces aquí?

—No, si todavía va a ser mi culpa que me hayas dado un susto de muerte, pero hija de mi vida, ¿se puede saber dónde estabas? He subido tres veces para avisarte de que estaba el desayuno.

—Mamá, sé perfectamente a qué hora se desayuna en este hotel, ¿o te recuerdo que fui yo la primera en seleccionarlo y hacer la reserva?

—Ya, ya, bueno no hace falta que me contestes, llevas la misma ropa de anoche, ¡tú has dormido con el francés!

—Se llama Noel, mamá —resoplé pensando lo cargante que podía llegar a ser.

—Hija mía, yo no me quiero meter donde no me llaman, pero es que tú estás desconocida—. Abrí la puerta de mi habitación y, sin más, se sentó en la cama.

—Pues entonces déjalo, mami. —Apenas podía creer que, en las que se suponía que iban a ser mis solitarias vacaciones, durante las que podría hacer de mi capa un sayo, estuviera dándole toda clase de explicaciones a mi madre.

—Hija, no seas arisca, si yo no te juzgo. En el fondo te comprendo, el chaval está para hacerle un favor...

—¡Mamá! —exclamé incrédula—. Que luego eres tú la que te enfadas cuando piensas que papá está mirando a alguna, el pobre.

—Y tú la que lo defiende diciendo que mirar no es malo, así que ahora no me vengas con doble vara de medir, anda.

—¿Así que te parece que Noel está bueno? —Pensé en eso de que, si no puedes vencer al enemigo, únete a él.

—Hombre, ya te digo si está bueno. Como un queso para más señas, pero no como un queso cualquiera, sino como uno de esos picanitos que a mí tanto me gustan. —Mi madre se evadió mentalmente y yo me morí de la risa.

—¡Mamá! Estás loca. —Me tuve que reír.

Que yo recordara, nunca habíamos compartido confidencias sobre un chico, y me resultó un momento de lo más divertido.

—¿Habéis estado en su hotel? —preguntó y yo temí que fuera a querer que le describiera la

velada con pelos y señales.

—Mejor, en su casa. Le han puesto una para estos días, ¿qué te parece? Y no te creas que es una corriente y moliente, que es una auténtica monada, con piscina y todo.

—¿Con piscina? ¡Qué lujo! Ya podía estirarse e invitarnos a una barbacoa o algo, que a tu padre el mar como que no le va, ya sabes que odia el salitre.

Ya se estaba colando. Así era ella, le dabas la mano y te cogía hasta la parte alta del hombro.

—¿Sabes lo que me dijo ayer, mami? —Pese a todo yo necesitaba una confidente.

—Suelta, suelta prenda, que estoy deseando saber...

—Que si me quedaba con él un par de semanas después de que os vayáis vosotros...

—Ay, leche, ¿es que le molestamos nosotros al muchacho? Mira que ayer lo invitamos a almorzar con nuestra mejor intención, que le salvó la vida a tu hermano—. Era tremendista como ella sola.

—No, mujer, pero que le apetecería disfrutar de mi menda lerenda en exclusividad un poco más.

Entrecerré los ojos pensando que me había ido de la lengua. Seguro que le parecía una temeridad, siempre me pasaba igual, la emoción me convertía en una bocachancla. Ahora bien, en lo amoroso no es que mi vida hubiera sido precisamente una montaña rusa, por lo que la emoción de mi aventura con Noel estaba haciendo que le diera a la sin hueso más de la cuenta.

—¿Y qué te lo impide, Penélope?

—Ya, ya, lo sé, pero en el fondo sí que me gustaría, mamá... Espera, ¿te ha parecido bien? —Yo ya tenía algunos argumentos preparados para pararla cuando comenzara a decirme que estaba a punto de cometer una locura cuando caí en que estaba de acuerdo.

—Pues claro, hija. En los últimos tiempos estoy atónita viendo que has sido capaz de romper todas las cadenas que te unían a una vida monótona que no te llenaba; un novio más soso que un pan sin sal y un trabajo en el que habías alcanzado el tope.

—Yo creía que pensabas que estaba arriesgando demasiado mamá. —Abrí los ojos como un búho—. Me sorprendes.

—No, hija, la sorprendida soy yo. Y muy gratamente, eres muy valiente y yo no puedo estar más orgullosa de ti. ¿Qué te impide quedarte y disfrutar un poco más?

—El trabajo mamá, ese sí que no puedo descuidarlo, tú mejor que nadie sabes lo que representa para mí.

—Pero niña, si estos trabajos modernos lo mejor que tienen es que lo mismo los haces aquí que en Pekín. Cómprate un ordenador y ya lo tienes de repuesto cuando llegues a casa.

—No me haría falta mamá, si él tiene uno para dejarme.

—Y entonces, ¿se puede saber en qué diantres estás pensando? Puedes trabajar y, en cuanto acabes, disfrutar con él de esta isla que es un paraíso. Por no decir del cuerpazo serrano que tiene el muchacho, que a ese debía darle su madre los Petit-suisse de tres en tres, hija.

—¿Sabes que su madre es pianista, mamá? —Se lo comenté porque a ella le encantaba el piano.

—Mira qué apañada mi consuegra, si hasta vamos a ir a conciertos gratis. —Otra con el cachondeito de la familia...

—Mamá, que esto no es un noviazgo, no te montes historias románticas, que no es el caso.

—Y tú qué sabes niña, no pongas el parche antes que la herida.

—Mamá, porque esto es un rollito, no una relación, métetelo en la cabeza.

—Anda, si yo creía que los rollitos eran de primavera, y se ve que también son cosa del



verano.

—Muy graciosa, tira a desayunar anda, que papá va a pensar que te han secuestrado.

—Qué va, ese dirá que no caerá esa breva, ahora voy yo a darle la murga un poco...

—Y serás capaz...

—¡Pues claro, hija, o no me llamo Amelia! Y miro cómo lo tengo, en la palma de la mano.

—Hasta luego. —Fui a cerrarle la puerta, negando.

—Espera, una sola cosita, y el francés en la cama, ¿es saleroso o no es saleroso? —Puso cara de niña traviesilla y evitó con el pie que le cerrara en las narices.

—¡Mamá, habla con mi mano! —Se la enseñé y se rio.

Un par de horas después, estando en la playa, pensé en que mi hermano ya podía hacer un amago de los suyos de ahogarse o algo similar, a ver si había suerte y aparecía Noel.

—¿No tienes ganas de bañarte, Santi? —Traté de animarlo un poco.

—No pienso volver a mojar me ni el dedo gordo del pie en esta playa, ¿resuelve eso tu duda?  
—Siguió escuchando sus cascos.

Mi madre, que estaba en todo, se le quedó mirando en ese momento.

—¿Qué escuchas, hijo? —le preguntó con la mosca detrás de la oreja, pues mi hermano no era muy de cascos.

—Cosas mías, mamá, ¿no tienes que reñirle a papá o algo?

—Miguel, comprueba lo que está escuchando el niño. —Señaló a sus cascos mientras le daba la orden.

—¡Amelia, que ya te ha contestado!

—Que lo mires, hombre, ¡qué trabajo te cuesta levantarte!

—Papá, ¿dónde vas? Ya te ha comido mamá el coco, esto es el acabose —se quejó.

—Es música, Amelia —le respondió después de que mi hermano le diera uno de los auriculares.

—¿Qué música? —La estaban mosqueando más que un pavo cuando escucha una pandereta.

—Música, mujer —añadió mi padre.

—¿Y quién canta? —preguntó para salir de dudas.

—Raffaella Carrá, Amelia —respondió él demostrando tener el sentido de un mosquito.

—¿Me vas a decir que el niño escucha a Raffaella Carrá?

—¿Pero esa mujer está viva? —Le di un poco de caña a mi madre y mi hermano me miró furioso.

—¡Santi, los cascos, ahora mismo! —Se los requisó mientras él resoplaba y se los puso ella.

—¡Lo sabía! Una grabación de un friki dando clase, ¡te vas a volver loco, hijo! Lo tuyo ya se pasa de castaño a oscuro.

—Mamá, ¿un friki? Por Dios si es una eminencia.

—¿Una eminencia que da clases en la playa? —Miró ella como si el profesor en cuestión fuera a salir de debajo de una piedra.

—Claro mamá, ¿no has visto que acaba de colocar el atril? —gruñó mi hermano, apesadumbrado viendo cómo mi madre guardaba sus cascos y solo le devolvía el móvil.

—Y date con un canto en los dientes de que no te quite también el móvil, Santi —le advirtió y me hizo llorar de risa, porque se lo decía como si tuviera cinco años.

—¿Algo más, mamá? —bufó él.

—Pues que vayas con tu hermana a darte un baño, ¿eh? Pero con cuidadito, que no gano para sustos desde que hemos llegado.

—¡Mamá, que no voy a bañarme!

—Pues tú te lo pierdes, hermano, yo voy a refrescarme. Y te advierto que el agua está llena de chicas monísimas. —Esa era otra de las rarezas de Santi, a la que no le habíamos conocido novia alguna.

—¿Qué parte de “no me interesa tu propuesta” es la que no entiendes, Pene? —me llamó así para molestarme, lo hacía siempre que quería que me esfumara.

—¡Hasta luego, Lucas! —les dije levantándome y pensando que la mía era una familia de locos digna de estudio.

Ensimismada en mi risa, caminaba hacia el agua cuando escuché aquella voz tan familiar que me apetecía escuchar por encima de cualquier otra.

—¿Se puede saber por qué has salido con tanto sigilo esta mañana de mi casa? —Me llevó hacia su cintura y me demostró lo que era provocar el deseo de buena mañana.

—Porque no quería despertarte, parecías un angelito cuando estabas plácidamente dormido.

—Dime que ya se me ha pasado, por favor, creo que el demonio tiene más sexapil.

—No te falta algo de razón. —Reí pensando en lo que se decía de los atributos del tal Lucifer y en lo encantada que yo había quedado con los de mi francés, allí presente.

—Ya me explicarás, quería preguntarte qué planes tenemos para hoy.

—¿Qué planes tenemos? —Tuve que contenerme para no chillar.

Cómo molaba, yo había salido de su casa pensando que era probable que, una vez metido, Noel desapareciera del mapa; siguiendo la estela de lo que muchos de sus congéneres hacían, según me contaban mis amigas. Sin embargo, y para mi sorpresa, estaba allí, luciendo su mejor sonrisa y ofreciéndome planes para pasar el día.

—¿Tenemos? No sé, en principio pensaba echar el día con mi familia, pero cualquier plan que hagamos mejorará ese con creces...

—¿Les molestará mucho si te secuestro hoy? —Enarcó las cejas y me dieron ganas de comérmelo, crudo y todo.

—Ni mucho ni poco. En mi familia son como eso que dicen de que todos van a lo suyo, menos yo que voy a lo mío...

—Muy ingeniosa... Me voy a arriesgar a ir contigo a por tus cosas, pese a que quizás tu padre no me mire con los mismos ojos después de que hayamos pasado la noche juntos.

—No te preocupes, que mi padre no se ha coscado de nada.

Tenía gracia la cosa. Allí la que estaba al corriente era mi madre, pero ella no lo iba a mirar con malos ojos, todo lo contrario, con demasiado buenos, ¡vivir para ver!

—Familia, nos vais a disculpar, pero nos quitamos de en medio, ¿vale? —Comencé a recoger mis cosas.

—Creo que es culpa mía, soy una mala influencia, os privo de la presencia de vuestra hija. —Se disculpó Noel.

—Nada, nada, hijo, a cambio nos invitas a una barbacoa en tu casa antes de que nos vayamos y todos contentos —le soltó mi madre.

—¡Mamá! —Más que roja debí ponerme morada.

—Hija, ¿qué pasa? Ni que le hubiera dicho al muchacho que nos íbamos a meter allí un mes. Tú sabes que yo soy muy apañada y llevo la carne y todo.

—Amelia, de ninguna manera, yo soy el anfitrión y yo pongo la comida, faltaría más.

—Vales un potosí, hijo, ya verás lo bien que se lo pasa mi marido en la piscina, que a él el mar como que no le va.

—¿Tienes piscina, chaval? Haberlo dicho antes.

Las mejillas me ardían, ya solo faltaba que dijera alguna sandez mi hermano, para que yo quisiera cavar un agujero en la arena y enterrarme. Pero comprobé que estaba más cabreado que un mico y que no tenía intención de echar más leña al fuego, gesto que le agradecí sobremanera.

—Santi, ayer me estuvo contando tu hermana que le encantaba jugar contigo como si fueras un muñequito cuando eras pequeño—. Por lo visto Noel pensó que con aquel comentario le iba a sacar una sonrisa al muy agrio de él.

—¿Sí? ¿Y no llevaba en el móvil ninguna foto de cuando era pequeña ella? Mi madre las tiene en el suyo. Ya sabes, saca fotos de las fotos antiguas, de las que presume cuando llega la ocasión. Enséñale la de la hermana en la bañera, mamá...

—No, mamá, ni se te ocurra, que ya nos íbamos. —Tiré de su brazo antes de que fuera demasiado tarde.

—Espera niña, si es un momento, que estás divina en esa foto, ya saco el móvil.

—¿Qué dices de divina mamá? Por Dios, que estoy con todas mis cositas fuera —murmuré.

—¡Como si el chaval no te hubiera visto tus cositas! —soltó sin tener la menor idea de la barbaridad que acababa de salir de sus labios.

—Mamá, ¡Por Dios!

—Chaval, ¿tú qué le has visto a mi hija y cuándo? —Mi padre lo miró extrañado.

—Hasta las huellas dactilares, papá, ¿o es que no sabes que la hermana no ha dormido en su habitación esta noche? —Mi hermano todavía no estaba contento con la que había liado.

—Vámonos, Noel, corre. —No veía la hora de salir de allí.

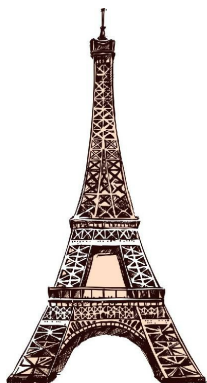
—No, espera, que quiero ver la foto —me espetó.

—Claro, niña, espera —nos miró mi madre—, ¿era o no era una monada? —Le enseñó la pantalla.

—Totalmente de acuerdo, ¿me la puedes enviar por WhatsApp?

—Claro, hijo, dame tu número y así ya te tengo fichado por si mi hija no contesta, que es muy descastada.

—¡Socorro! —chillé y salí de allí al galope.



## CAPÍTULO 5

Lo único que me faltaba es que Noel le diera carrete a mi familia. Y es que parecía haber *feeling* entre ellos. No en vano, mi madre me había dejado ojiplática aquella mañana al animarme a que permaneciera más tiempo en la isla con él. Lo normal en ella hubiera sido tildar esa idea de imprudencia total y advertirme de los múltiples peligros que podía correr en compañía de un completo desconocido y encima extranjero.

—¡Ya eres mía! —Sonrió y la isla entera debió iluminarse.

Le acababa de sonar el móvil y recé al cielo para que no fuera cierto que mi madre le hubiera enviado la dichosa fotito de marras. Pero por las alturas debían tener cosas más interesantes que hacer, porque no escucharon mis súplicas.

—Tú sígueles el rollo que mira lo que pasa, ahora los vas a tener que aguantar un día en tu casa —le advertí.

—¿Y? Será todo un placer, así también contaré con tu compañía. Además, deberías ayudarme a preparar la barbacoa y ya te imagino de lo más sexy en el jardín...

—No debería ayudarte a nada, tú te has metido en la boca del lobo y tú deberías salir de ella, ¿no te parece?

—Sabes que no tienes corazón para eso, me echarás una mano. Incluso podrías amanecer ya allí para ayudarme.

—¡Jo! Ni que tuviéramos que organizar un ágape para la reina de Inglaterra, guapito de cara.

—Uff, para eso me esmeraría menos, yo soy republicano, como buen francés.

—Cierto, no había caído en el detalle.

—Mi única reina eres tú. —A zalamero no había quien le ganara.

—Ya, ya, te ha quedado muy poético, pero a todo esto, ¿dónde vamos?

—Confía en mí...

A aquello no había forma de ponerle etiqueta, pues era la mezcla más extraña del mundo. No teníamos ninguna relación, que para eso solo hacía tres días que nos conocíamos, pero ya me buscaba allá donde estuviera y parecía estar conchabado con mi familia.

—¡Qué remedio! —Ya estábamos en marcha.

Nos dirijamos a la Cala de Portinatx y dejamos el coche. Allí vimos una indicación de comienzo de sendero y tomé conciencia de que aquel iba a ser un día diferente.

—Oye, pero igual luego nos entra gazuza y no llevamos nada de comer —le comenté.

—¿Y eso quién lo dice? Mira en su interior. —Me acercó una mochila que, nada más abrirla, me regaló un olor que alimentaba a pan caliente y filetitos.

—¡No puede ser! —exclamé—. Esto es un picnic y lo demás son tonterías. —Y es que, aparte de los bocatas, allí había toda clase de exquisiteces.

Desde luego que, lo último en lo que pensé el día en que decidí viajar sola a aquel blanco paraíso, era que iba a estar tan bien atendida.

—Es muy sencillo, ya verás, el truco está en ir caminando todo el tiempo pegados al acantilado. Menos mal que llevas deportivas, porque el terreno se volverá pedregoso.

—¡A la orden!

—¿Conocéis el camino? —nos comentaron unos chavales que acaban de salir—. Nosotros nos hemos perdido y hemos tardado casi una hora en llegar.

—Gracias, chicos, lo he hecho más de una vez, también me perdí la primera —les comentó.

—Pero ¿dónde tenemos que llegar? —pregunté.

—Al Faro de Punta Moscarter, te va a encantar, ya lo verás.

De la mano de Noel, recorrí aquel sendero chulísimo, lleno de pinos y arbustos donde me tomé varias fotografías.

—¡Ponte tú ahora, anda! Que quiero fardar de ligue francés cuando llegue a Madrid.

—¡Deja, deja! No soy nada fotogénico.

—¿Qué dices? No me puedo creer que la cámara no quiera a esa cara tan bonita. —Nos paramos y nos dimos un interminable beso.

—¡Tú sí que eres bonita, venga, que ya llegamos!

¡Cómo para no verlo! El faro me pareció imponente, en mi vida había visto uno más alto ni podía imaginar que los hubiera.

—¡Virgen santa! Estoy pensando en que es todavía más largo que mi hermano —bromeé.

—Algo así, ¿tienes apetito? —Nos sentamos en las inmediaciones del faro para ver aquellas extraordinarias vistas que daban a unas aguas impresionantemente azules.

Un fresco un tanto atípico nos asaltó en aquel momento y agradecí el abrazo de Noel mientras degustábamos aquellos deliciosos bocatas.

—No dan ganas de moverse de aquí —dije, una vez dimos buena cuenta de ellos.

—Y no hay ninguna necesidad. —Cobijados por los árboles, no se me ocurría mejor escenario para disfrutar de una agradable sobremesa en tan grata compañía.

—¿Sabes? Me están entrando ganas de aceptar esa invitación para quedarme un par de semanas más contigo, ¿sigue en pie?

—¿Lo dices en serio? ¿Tú qué crees? Yujuuuu —saltó.

Pasamos un día realmente sensacional y he de reconocer que me dio penita tener que separarme de él.

—Pe, ¿puedo secuestrarte después de que cenes con tus padres y hermano? Sería tarde, así os dejo un rato en familia —me preguntó al dejarme en el hotel.

—¡Claro! —exclamé entusiasmada.

Era ya media tarde, daría un paseo con los míos, buscaríamos un lugar en el que cenar y luego volvería a pasar una noche apasionada con Noel, ¡no podía tener más suerte!

Dicho y hecho. Tomar un helado por las concurridas calles de Ibiza al caer el sol fue todo un placer. Aquello estaba como una feria, el ambiente era súper alegre.

—Hija, ¿así que te vas esta noche otra vez con el franchute? —Me cogió mi madre del brazo

mientras mi padre y hermano charlaban.

—Pues sí, mamá, ¿sabes lo que te digo? Que por una vez en mi vida voy a disfrutar a tope sin comerme el coco, ¡fuera ataduras mentales!

—Te alabo el gusto, mi niña, si yo tuviera tus años poco iba a pensar también...

—¡Mamá, me tienes sorprendida! No te imaginaba yo tan moderna.

—Ni yo a ti y mírate, Pe, renovarse o morir, hija.

Después de la cenita en una terraza de lo más ambientada, nos fuimos al hotel y escogí otro de mis conjuntos de ropa interior más sexy, en este caso color azul eléctrico y con *balconette*; aunque para electricidad la que nos producíamos el uno al otro, porque entre nosotros saltaban chispas con solo rozarnos... ¡y sin eso!

Habíamos quedado a las once y media, hora a la que estaba preparada, pues una de sus múltiples virtudes era la puntualidad. No puedo negar que me extrañó que no hubiera aparecido a las doce menos cuarto, ni a las doce, ni a las doce y cuarto; hora en la que decidí enviarle un WhatsApp y me encontré con el teléfono apagado.

A la una de la madrugada, la desazón empezó a adueñarse de mí, más todavía cuando comprobé, a base de llamadas, que su móvil seguía sin estar operativo. Cielo santo, me estaba asustando, ¿habría tenido un accidente con su coche de alquiler?

Ganas me daban de llamar a los hospitales, pero ¿debía esperar algo más de tiempo? No, no podía, tenía que hacerlo. Por suerte, sabía su apellido, de modo que bajé a recepción y pedí el teléfono de los posibles centros sanitarios hasta los que pudiera llegar un accidentado. En ninguno de ellos tenían noticia alguna del ingreso de Noel Fontaine.

Una hora después, yo pensaba que todo aquello era rocambolesco y mi desesperación iba en aumento. Incapaz de dormir, estudié las distintas posibilidades, que incluían desde un accidente y que estuviera inconsciente en una cuneta, hasta que pudiera estar en su casa y se hubiera quedado dormido. Pero entonces, ¿por qué tendría el móvil apagado? Bueno, quizás fuera tan sencillo como que se hubiera quedado sin batería y él frito.

Estaba hecha un lío. Me parecía un despropósito quedarme allí de brazos cruzados pensando en que a él le hubiera sucedido algo, pero ¿y si aparecía por su casa, despertándolo y quedaba como una paranoica? ¡Vaya tesitura!

Más tarde, con la boca seca como el esparto, comprobé que dormir no estaba en mis planes, por lo que me dispuse a arriesgarme a quedar mal e ir a su casa, para lo que tomé un taxi. Cuando llegué encontré que todas las luces permanecían apagadas y que nadie respondía al videoportero. Lo extraño del caso es que, por lo poco que puede ver a través de la valla, retirando cuidadosamente las plantas que la cubrían, no había ni rastro del coche en la entrada.

Ante tal descubrimiento, sentí una punzada fuerte en el estómago. Hice memoria y, en ese instante, recordé un juego de números que habíamos hecho el día anterior por el cual retenía la matrícula en mi memoria. Gracias a ello podría darla en comisaría por la mañana.



## CAPÍTULO 6

No lo dudé. A las ocho de la mañana me dirigí hacia las dependencias policiales, pero el resultado no fue el que yo había previsto.

—¿Y dice que su novio no apareció anoche y que su coche no estaba en su casa?

—No, no es mi novio, solo un chico extranjero que conocí hace unos días —maticé.

—Pues mejor me lo pone entonces. Mujer, estamos en Ibiza en pleno verano, la gente empalma una fiesta con otra. Si no aparece en ningún hospital o clínica es seguro que se está corriendo una juerga de esas que hacen historia. Ya la llamará.

No, no y no. Con las ojeras como si fuera yo la que llevara una semana de fiesta y un kilo de pastillas de colores encima, tuve una idea. Fue entonces cuando recibí una llamada de mi madre.

—Buenos días Pe, ¿estás con el francés? Es solo por quedarme tranquila, ya me conoces.

—No, mamá, pero voy para el hotel, ahora te cuento.

—¿Habéis discutido? Mira que me parece muy pronto para esas gaitas, que acabas de conocerlo. —Obvio que me había notado mala voz.

—No, mami, no es eso, te veo enseguida.

Tomando un café, porque no me entraba nada sólido en el cuerpo, le conté el periplo completo.

—Ay, cariño mío, yo no quiero ser pájaro de mal agüero, pero ¿tú has pensado en algún momento en eso de “una vez metido, nada de lo prometido”? Mira que hay muchos que van de ese palo, aunque un palo es justo lo que yo les partiría en la cabeza.

—Mamá eso tendría sentido si no hubiera dado más señales de vida desde ayer por la mañana, pero ya viste que pasamos el día juntos. Y luego propuso seguir por la noche. Incluso lo noté de lo más entusiasmado cuando le dije que me iba a quedar dos semanas más con él.

—¿Lo habías decidido? ¡Qué cuca! Hija, a ti ese muchacho...

—Sí, mamá, reconozco que me hace tilín.

—¿Tilín? Yo creo que te está haciendo tilón, por lo menos.

—Mamá, he tenido una idea, voy a llamar a las agencias de alquiler de vehículos a ver si lo ha devuelto. De no ser así, volveré a alertar a la policía.

—Ole mi niña, y luego dice Santi que el único listo de los dos es él...

—¿Eso dice mi hermano? —Primera noticia que yo tenía de que me tomaba por tonta.

—Esta boca mía que, de ser más grande, me caería dentro. —Hizo como que se pegaba en ella.

Sin mediar palabra, me puse a llamar a las agencias, para lo que pedí un listado también en la recepción, donde se estaban portando maravillosamente conmigo. Una vez comentado el caso y, dado que la única información que yo quería era saber si el coche había sido devuelto, tuve suerte y el personal estuvo por la labor de ayudarme.

—Sí, señorita, puedo confirmarle que hicieron entrega de ese vehículo ayer tarde a última tarde, lo recuerdo perfectamente —me respondieron en mi tercera llamada.

—¿Y puede decirme algo más? Por favor, si recuerda algún detalle me sería muy útil, la persona que lo alquiló está en paradero desconocido desde ayer.

—Bueno, yo no le he dicho nada —quien me atendía era una chica y se mostró de lo más amable—, pero lo cierto es que parecía que llevaba mucha prisa, me llamó la atención su nerviosismo.

—Gracias, de veras que le estoy muy agradecida por la información.

Colgué el teléfono y me derrumbé. La buena noticia era que Noel había entregado el coche, por lo que un accidente de circulación no habría sufrido. Por otra parte, ¿por qué tantas prisas? Y, es más, para recogerme a mí lo necesitaba, por lo que ya sabía que no acudiría a nuestra cita cuando lo entregó. Cómo se comía aquello, ¿me había dejado tirada como una colilla aposta?

Ni que decir tiene que seguí haciendo múltiples esfuerzos por contactar con él, todos infructuosos; su móvil seguía apagado.

Sin poder contener los nervios, decidí hacer un último intento y volver a acercarme a su casa. Visto desde fuera, podía pensarse que yo era una loca obsesiva, pues Noel no era nada mío y estaba en su derecho de haber decidido dar por zanjado lo que hubiera entre nosotros, pero yo sabía que no era así. Pese a que lo conocía desde hacía muy poco, notaba que entre nosotros había surgido algo especial y ponía la mano en el fuego porque él lo sentía igual.

Tomé un taxi y volví a su casa. Cerrada a cal y canto, no me ofrecía ningún dato. Estaba a punto de desplomarme, por la tensión de tantas horas en alerta, y por el desconcierto que la desaparición de Noel me producía, cuando una señora se acercó a mí.

—Guapa, ¿estás bien? —Me tomó por el brazo.

—Sí, gracias, supongo que sí —murmuré.

—¿Buscas a alguien? —me preguntó.

—Sí, al chico que está de alquiler en esta casa, estoy preocupada por él.

—¿Te refieres al francés? Solo lo conozco de vista, pero parece muy buen chico.

—Sí, sí, ¿lo ha visto esta mañana por casualidad?

—No, no lo he visto, yo vivo dos casas más allá. —Señaló la suya—. Pero una cosa, ¿has dicho que está de alquiler? Sé de buena tinta que la casa es suya, te lo digo porque la antigua propietaria y yo nos llevábamos de maravilla.

—¿El chico francés le compró la casa a su amiga, está segura de eso?

—Totalmente, ella no podría corroborarlo, porque falleció hace dos meses, pero no me equivoco si te digo que se la compró el año pasado.

—Debe haber algún error, no tengo entendido eso. —Mi cabeza estaba alcanzando el estado de shock.

—Quizás el jardinero pueda darte una pista. Viene cada tres días, como hacía cuando vivía aquí mi amiga Mariela, justo hoy le toca. En media hora aparecerá con la llave.

Conocer ese dato me vino de perlas. Lo esperaría allí y trataría de entrar con él, en busca de alguna información que arrojara algo de luz sobre un asunto que empezaba a sobrepasarme.

Cuando vi venir a aquel chico, prácticamente lo asalté y le comenté mis temores.



—No puedo contarte demasiado, el jardinero es mi padre, pero está de vacaciones. Yo solo le sustituyo unos días, puedes entrar conmigo si estás tan preocupada. Porque doy por hecho que no eres una loca que me vaya a meter en un lío, ¿no?

Casi me arranca la risa, a pesar de mi desesperación. Y es que aquello empezaba a parecerse al guion de una película de esas españolas en las que van enredando poco a poco hasta liar la monumental.

—No, no te preocupes, nada de eso, palabra.

—Venga, entra entonces, pero solo podrás acceder al jardín; yo no tengo llave de la casa.

Un escalofrío me recorrió cuando me encontré en aquel jardín en el que había estado poco antes con Noel, corriendo, riendo y con ganas de devorarnos con la mirada, y con lo que no era la mirada.

Después de dar unas cuantas vueltas por allí sin sacar conclusión de nada, y de que hubiéramos llamado al timbre las suficientes veces para comprobar que ninguna persona en su sano juicio podría permanecer dentro sin despertarse, me dispuse a irme; con más preguntas todavía que había llegado.

Entonces vi aquel sobre, que el viento debía haber desplazado y, ¿qué más había en el suelo?

—¿Es eso un móvil? —me preguntó el chico, que se llamaba Javier.

—Sí, justo. —Me agaché y lo rescaté de entre las hierbas.

Por la forma en la que la pantalla estaba rota y el lugar en el que lo encontramos, era más que posible que el móvil se le hubiera caído a Noel y lo hubiese atropellado con las ruedas del coche. Si iba a toda pastilla, como me contó la chica de la agencia, no era extraño.

En mis manos tenía la razón por la que no había podido entrar en contacto con él y aquello me reconfortó y me asustó a partes iguales. Reparé entonces en el sobre y conteniendo la respiración, lo abrí.

Lo que vi me hizo llevarme directamente las manos a la boca.

—¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma —observó Javier.

—Algo parecido —le contesté y, dándole las gracias, eché a correr.

Llegué al hotel y me desplomé en la cama.

¿Qué había en el sobre? Ingente documentación, pero, para mi total sorpresa, y aunque su foto evidenciaba que era suya, el nombre que aparecía en ella no era el de Noel Fontaine. Su verdadero nombre era Charlie Nouven.

—¿Qué ha pasado, hija? —Mi madre se sentó preocupada cuando le abrí la puerta. No había ni un ápice de frivolidad en su actitud y se notaba que deseaba ayudar.

—Esto ha pasado, mamá. —Todavía presa de la incredulidad, se lo mostré.

—¿Por qué piensas que te ha mentado, cariño? —Me acarició, mirando una y otra vez aquellos documentos.

—No lo sé, mamá. Pero una cosa te digo, estoy dispuesta a averiguarlo.

No iba a resignarme. Nunca había arriesgado un ápice en el amor y mi efímera historia con Noel me había aportado más de lo que jamás pensé. En cuestión de unas horas, me sentí más viva con él de lo que me había sentido con nadie.

—Esto es todo muy raro, no sé qué aconsejarte, mi vida.

—Ya lo sé, mamá, soy yo quien tiene que tomar una decisión.

—¿Y qué piensas hacer, lo tienes decidido ya? —Había preocupación en su mirada.

—Ir a buscarlo, mamá. Ahí tengo su dirección...





## CAPÍTULO 7

Justo un día tardé en organizarlo todo. Yo era de lo más cabezona y mucho me temía que no recuperaría la paz hasta dar con Noel y que me explicara qué le había sucedido.

Sentada en el avión, cerré los ojos, ¿qué estaba haciendo? La tarde anterior había hablado con mi amiga Paula y ella me aconsejó que lo dejara pasar.

—Los hombres son así, un día te están bajando la Luna para tenerte contenta y al otro corren a refugiarse en ella para que no puedas encontrarlos —me comentó.

—Paula, a mí todo esto me huele a chamusquina. Yo no creo que Noel cojee de ese pie.

—Pero amiga, ¿de qué conoces tú a ese chico más que de haber pasado un par de buenos ratos y disfrutado de un buen revolcón en su cama? Que eso ya sí que te tocaba.

Pasional, Noel había logrado que yo me volviera muy pasional y no estaba dispuesta a dejar aquello como un misterio sin resolver. Yo quería llegar hasta el fondo del asunto y que él me diera una explicación de su proceder, que no podía haber generado más interrogantes en mí.

—Te digo que aquí hay algo más, ya te lo confirmaré. Me voy para París.

—¿Qué dices? Pe, te has vuelto loca de remate. Te vas a chupar semejante viaje a la caza de un pájaro que te ha dejado tirada a las primeras de cambio y que no ha sido capaz de decirte ni cómo se llamaba de verdad.

Visto desde fuera, no le faltaba razón. Pero solo yo sabía hasta qué punto me había empezado a gustar Noel y estaba dispuesta a poner toda carne en el asador para desenmarañar aquel entuerto. Cierto que aquello no dejaba de ser chocante, porque yo pensaba que lo nuestro no iba a pasar de un *affaire* de verano; pero su extraña desaparición no había hecho sino acrecentar mis ganas de llegar al quid de la cuestión.

—Dame pan y dime tonta, anda, ¿tú no tenías una prima que vivía en París?

—Sí, mi prima Jessica, se fue de Erasmus y allí que se quedó. ¿Quieres que la avise? Con ella no te va a faltar distracción.

—Sí por favor, sin saber ni una palabra de francés lo llevo un poco crudo.

—Nada, nada, yo te pongo en contacto con ella y que Dios reparta suerte. ¿En qué momento te volviste una locuela?

Encontrar a Jessica esperándome con un cartel que decía “París da la bienvenida a la última de las grandes románticas” no tuvo precio.

—Hola, soy Jessica, mi prima me ha contado tu historia. Va a ser la leche enterarnos de lo que trama ese tío —me dijo mascando chicle.

Todo un personaje, eso es lo que me pareció quien estaba destinada a convertirse en mi compañera en aquella enigmática aventura.

—Y yo Penélope, debes haber alucinado cuando tu prima te contara.

—Yo no soy de juzgar a nadie, ¿sabes? Soy muy pasota, ya me irás conociendo. Después del Erasmus, también me quedé aquí por un tío, y al final París me atrapó.

—¿Y qué pasó con él? —Miedo me daba pensar que todos los franceses tuviesen un gen defectuoso en lo que al amor se refiere.

—Bueno, que ese era más alma libre todavía que yo y, cuando quise darme cuenta, se estaba tirando a toda su comuna, que para eso era muy hippie él.

—Vaya, te quedarías destrozada...

—Un poco sí que me dolió la patata, para qué me voy a hacer la chula —señaló a su pecho—, pero vamos, nada que unas cuantas birras y unos buenos porritos no pudieran arreglar.

—¿Tú fumas...? — Me quedé un poco cortada.

—¿María? Sí, bueno todos en el piso lo hacemos, ya te habrá contado mi prima que vivo en uno compartido con otros dos españoles; te van a gustar, son la caña.

—Mujer, pero que yo no quiero molestar, tú me echas una manita y yo me voy a un hotel...

—De eso nada, ya verás lo bien que te lo pasas con nosotros.

Me quedé un tanto perpleja, y pensé que buscar a Noel, Charlie o como quiera que se llamase me iba a deparar más de una situación curiosa. Y es que jamás había estado en un piso compartido y casi que ni había visto un porro de lejos. Pero vaya, que alguna vez tenía que ser la primera y que, mirándolo bien, aquello se presentaba de lo más divertido.

Lo mejor de todo fue salir del aeropuerto y encontrarme con aquella furgó tuneada con decenas de margaritas y repleta de mensajes de “paz y amor” entre sus coloridos dibujos.

—¿Es tuya? —le pregunté un tanto alucinada.

—Sí, es mi niña, ¿qué te parece?

—De lo más original. —Me puse la mano en la frente, como tapándome, cuando noté que todos los viandantes y conductores se nos quedaban mirando.

—¿Mola o no mola? Tú no sabías lo que te ibas a encontrar en París, ¡van a ser unos días inolvidables, ya lo comprobarás! —me advirtió y tomé conciencia de que no podía tener más razón, ¡yo iba de un lío en otro!

—No me cabe la menor duda —murmuré.

De esa guisa llegamos al Barrio Latino de París. Suerte que yo venía de Ibiza y no noté demasiado el cambio, porque aquello tampoco podía estar más concurrido y animado.

—Este lugar es espectacular, vivir aquí debe valer un riñón —le comenté a Jessica.

—No, no tanto, no creas, no es de lo más caro. —Rio—. Eso sí, es un nido de estudiantes de La Sorbona, ya sabes, la universidad.

—¿En serio está en este barrio? Por lo que sé es todo un emblema.

—Sí, lo llaman el Barrio Latino porque antiguamente profesores y estudiantes hablaban en latín, en el año de Maricastaña. —Se expresaba de un modo muy llano y gracioso.

—Imagino, imagino. Y si no es mucho preguntar, ¿cómo te las apañas para vivir aquí?

—Es por Alex, el fotógrafo. Heredó el piso de su padre, que murió hace un par de años.

—¿Pero Alex es francés? Me había parecido escucharte que vivías con dos españoles.

—No, el francés era su padre, que dejó embarazada a su madre en un viaje a Málaga y volvió a

conocerlo cuando ya tenía dieciocho años.

—Pues sí que se tomó su tiempo el hombre, como todos los franceses sean iguales, más me vale darme media vuelta e irme.

—No, mujer que aquí hay de todo como en botica. Lo mismo el tuyo es un romántico de esos que te proponen recorrer Montmartre de la mano y contemplar desde allí el atardecer.

—Eso creía yo, si fijate que hasta me dijo que tenía que venir a verle aquí a París, antes de que se esfumara como por arte de birlibirloque.

—A ver, raro, raro, es de narices el tema, pero supongo que debe tener una explicación. Mi prima me lo comentó y me pareció de lo más emocionante.

—No sé qué decirte, mi mente se divide entre una parte que me dice que siga buscándolo y otra que me dice que me olvide hasta de cómo se llama. Que, por cierto, ni eso tengo claro a estas alturas.

—Ya, ya, es mazo extraño, ¿te va si cenamos en un libanés que está aquí cerca? Es barato y merece la pena.

—Nunca he probado ninguno, la verdad.

—¿Ningún libanés, dices? Yo tampoco, no se me ha puesto ninguno a tiro —me comentó con total parsimonia.

—No mujer, me refería a la comida, de lo otro menos. Yo solo producto nacional y el francés que me ha traído hasta aquí, a eso se reduce todo mi historial amoroso.

—¡Pues qué pobre! Yo colecciono nacionalidades y, uno que me tiro, un país al que le pongo una chinchetita de colores.

—¿No es coña? —Mi incursión parisina parecía que iba a ser una aventura en todos los sentidos.

—No, mujer ya lo verás luego en mi dormitorio. Lo que te decía antes es que Rodrigo, que es el otro chico, y yo, tenemos tela de suerte; porque Alex es súper desprendido y nos cobra una renta baja por estar en el piso. Trabajamos juntos y somos un equipo en todos los sentidos. —Me guiñó el ojo sospechosamente.

—¿Cómo en todos los sentidos? —Yo era un poco cerrada de mollera y me daba la impresión de que Jessica me la iba a abrir de golpe.

—Pues que nos lo montamos los tres, ya me entiendes.

La entendía y no, porque para mí ese tipo de relaciones estaban un poco como en un limbo paralelo, pero si a ella le iba bien, ¡ole!

—Pero es algo solo sexual o...

Quise adentrarme un poco en el meollo del asunto, pues para mí aquello era un poco de ciencia ficción...

—Bueno, no creas... En realidad, nos queremos mucho los tres, lo que pasa es que nunca le hemos puesto etiquetas. Vaya, que no nos hemos parado a pensar en cómo se llama lo nuestro ni si nos importaría si alguno de nosotros conoce a alguien más el día de mañana.

—¿Quieres decir si se os une alguien? Yo debía tener los ojos fuera de las órbitas ya...

—Claro, porque los tres estamos bien, pero más creo que sería multitud, que tampoco es cuestión de hacer de lo nuestro Sodoma y Gomorra. —Se encogió de hombros.

—Pero tú dices que vas a probar todas las nacionalidades, ¿eso es aparte? — ¡Que me aspen si entendía algo!

—Bueno sí, es que nuestra relación, la de los tres, aparte es abierta. Pero fuera del piso, tú sabes, dentro somos un trío.

Yo no es que supiera ya nada, porque mi cabeza giraba como un volador. Sin más, me eché a reír sobre la mesa del libanés al que ya habíamos llegado.

Bien pensado, si alguien me llega a decir seis meses atrás, mientras estaba comiendo en casa de la madre de Manu, en plan familiar total; que poco después iba a estar en París buscando a un francés con el que me había acostado nada más conocer, que se había esfumado sin dejar ni una pista y del que desconocía su verdadera identidad, yo le hubiera hecho poner la camisa de fuerza. Si a ello le hubieran añadido tener que dejar colgados a mis padres y hermano en Ibiza e ir a parar a casa de un trío fumeta de lo más bohemio, me habría dado la risa floja.

—Me quedo muerta en la piedra, chica. A tu lado mi vida me parece de lo más sosa.

—Bueno, mujer, cada una es cada una. A ver, pásame la documentación, que vea yo dónde vive nuestro pajarito y mañana sacamos los aparejos de detectives.

Santiguándome, se la entregué, ¿qué me tendría preparado el destino?

—¡Joder! Pero si tiene que ser un milloneti, vive en el distrito 8, a orillas del Sena, casi nada lo del ojo y lo llevaba en la mano. ¿Tú sabes lo que es eso, nena?

—Pues, no, la verdad es que no, pero suena a tela de caro.

—Es un barrio en el que te cobran solo por respirar, con eso te lo digo todo.

Otra equis para la ecuación, ¿podía aquello complicarse más? Se veía que sí.

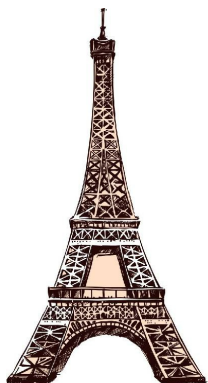
—¿Pero es para tanto la cosa? Igual tiene hecho un apaño con algún compañero o algo, como vosotros con Alex.

—No, no, guapa. Los finolis que viven allí no tienen hecho ningún apaño, ya te lo digo yo. Esos son todos del taco, no es por casualidad que vivan donde los Campos Elíseos y el Arco del Triunfo.

—Esto cada vez se enreda más, o sea, ¿encima es rico? Yo no daba crédito y hasta me permití echarme a reír pensando en lo que diría mi madre al respecto cuando se enterara.

—Venga, vamos para casa que tengo helado de chocolate y tú la suerte de un quebrado; será noche de chicas, que estos dos se han ido unos días por una exposición y no vuelven hasta mañana. Aunque también tengo chocolate del otro, si se te antoja, claro...

—No deja, deja...



## CAPÍTULO 8

Me levanté sin tener ni la más mínima idea de dónde estaba, totalmente desubicada. De esa guisa, llegué hasta la cocina y me encontré a dos tíos en gayumbos, tal cual.

—¡Perdonad, no he visto nada! —Cerré los ojos pensando que ya me había levantado con el pie izquierdo.

—Oye guapa, que nuestros gayumbos no son de Calvin Klein, pero tampoco tan feos... Tú debes ser Penélope, acabamos de llegar.

—Sí, la misma —Lentamente, fui abriendo los ojos, un tanto cortada.

—¡Hola, chiqui! Ya has conocido a estos dos tarados, y cómo no, en gayumbos, es que son de lo que no hay. El rubio es Álex y el moreno Rodrigo. Ponte un café o lo que quieras—. Jessica acababa de entrar también.

—Perdonad, es que no os esperaba, estoy un poco trastocada.

—Ya, ya nos contó por teléfono Jessica, a mí me parece de lo más romántico —comentó Rodrigo, sentándose al contrario en la silla, abrazando el respaldar.

—Pues a mí me da un poco de mala espina. Ten cuidadito, hermosa, no vayas a meterte en un lío morrocotudo —añadió Álex.

—No seas cenizo, Álex, a mí me parece de lo más conmovedor —soltó Jessica.

—Y yo le veo un halo romántico de película, os acompaño —añadió Rodrigo, pizpireto—. No le hagás caso a Álex, que es un poco tremendista.

—Sí, sí, muy tremendista, pero mis corazonadas os han sacado de apuros más de una vez, no digáis que no.

—¡Hora de ponerse medallitas! —Jessica y Rodrigo le sacaron la lengua simultáneamente.

—Ya me contaréis cómo va esto, yo tengo que ponerme con las fotos de la exposición —gruñó.

Un rato después, los tres nos subíamos a la furgoneta de Jessica y pusimos rumbo a pijolandia versión parisina.

—¡La madre del cordero! —Yo de ropa y complementos entendía y allí, quien más y quien menos, llevaba una fortuna encima.

—Ya te lo advertí, esto es otro mundo. Si tu chico vive aquí, debe tener una cuenta bancaria con una larga lista de ceros.

Jessica era de lo más loquilla al volante, suerte que la furgoneta no daba para mucho y nuestra

integridad física no corría peligro.

—Cuando lleguemos al sitio, nos bajamos y tú te vas a aparcar este trasto, mona —le sugirió Rodrigo.

—Oye guapito, un respeto, trasto lo serás tú. Este es un señor vehículo, que lo sepas —respondió ofendida.

—Sí, sí, qué menudo apaño nos está haciendo —respiré hondo pensando en cómo podría llamarse si adaptábamos todo aquello a formato serie de televisión.

—¡Al lío! A la que yo os indique, saltáis los dos —sugirió Jessica.

—Pero vas a parar, ¿no? Pensé en que mi búsqueda estaba adquiriendo tintes demasiado peligrosos.

—Sí, mujer, un poco temeraria sí que es, pero hasta ahí no llega —bromeó Rodrigo, quitándole algo de hierro al asunto.

—Muy gracias, ahora os busco, venga, ¡aire! —Paró un momento y nos bajamos.

Los transeúntes ricachones que transitaban por aquellas calles nos miraron como si fuéramos una compañía de saltimbanquis o similares, y yo no sabía dónde meterme.

—¡Muévete, mujer, que nos van a multar! —exclamó Jessica y me bajé de un salto.

Miré a un lado y a otro y pensé que, definitivamente, había entrado en un universo paralelo, y que debía ser el más caro de todos.

—Ea, pues ya estamos en el sitio y ahora, ¿cuál es el plan? —me preguntó Rodrigo.

—¿Plan? No tengo ningún plan —titubeé.

—¿Has llegado hasta aquí sin un plan? Y luego los que no pensamos somos los hombres. —Rio.

—Claro, supongo que será cuestión de improvisar, de camelarnos al conserje o algo así, ¿no? —Lo miré como si él fuera el dueño de alguna verdad universal.

—Pues como estés pensando en sobornarlo, la llevamos clara, yo voy sin blanca. Como no quiera un porrito...

—No, chiqui, déjame pensar... Ya está, yo creo que con la verdad se va a todas partes; lo mejor será ser sincera y preguntarle si conoce al hombre de la foto y si vive ahí.

—Asombradito me has dejado, es un plan elaborado donde los haya. Venga, dale.

Resoplando, llegué hasta el edificio en el que se suponía que vivía Noel y me quedé patidifusa; había visto palacetes más modestos.

—No pueden pasar, es un edificio privado. —Un conserje con cara de malas pulgas salió a nuestro paso.

—Estoy buscando a alguien, es una persona que vive en este edificio —le contestó Rodrigo, pues yo de francés no es que fuera cortita, es que ni pajolera idea.

—¿Cuál es su nombre? —No sabía muy bien ni qué contestar, por aquello de que teníamos dos.

—Le enseño una foto —Yo había ampliado la de su documento de identidad, al objeto de que se le pudiera reconocer mejor.

—A ver, déjemela. —La tomó en sus manos.

—¿Es vecino de este edificio? —preguntó y mis nervios se acrecentaron.

—Sí, eso tenemos entendido.

—No, no lo he visto en mi vida —respondió sin ningún género de duda.

—¿Está seguro? Por favor, mírelo de nuevo, tenemos razones fundadas para pensar que vive aquí.

Rodrigo no quiso darle más detalles por si acaso encima nos metíamos en un lío, así de



sopetón, pues yo ya no sabía de qué iba aquello.

—Totalmente seguro, soy un profesional y conozco perfectamente a todos los vecinos. No tenga duda de que no he visto jamás a este hombre y ahora, si son tan amables, les agradecería que despejaran la entrada.

Dicho de otro modo, acababa de ponernos de patitas en la calle. Mi gozo a un pozo, ¿cómo podía ser?

—Rodrigo, ¿y si esto es una señal del destino? Igual lo mejor que puedo hacer es olvidarme de Noel y hacer como si nunca lo hubiera conocido. —Había amargura en mis palabras cuando reanudamos la marcha.

—El conserje estaba mintiendo, Penélope, hazme caso.

—¿Cómo? No entiendo, ¿por qué? Y de ser así, ¿en qué te basas?

—Mi madre es especialista en lenguaje corporal y no verbal, y algo sé del tema.

—Cuéntame. —Estábamos esperando a Jessica, quien venía de aparcar.

—¿Ya os han largado? Qué prontito, dejadme adivinar, no se han andado con chiquitas y os han pegado una patada en el culo.

—Más o menos, pero además con burdas mentiras —repuso Rodrigo.

—Os invito a un café y me cuentas, por favor. —Yo moría por saber de qué iba lo que él había detectado en el conserje.

—Pues para eso mejor que volvamos a nuestro barrio, porque aquí te va a costar un ojo de la cara —añadió ella.

Sentados en una de las múltiples cafeterías del Barrio Latino, Rodrigo nos expuso su teoría.

—Te ha mirado durante el todo el tiempo sin siquiera pestañear, intentando evitar que le pillaras en un renuncio y descubrieras el engaño. Lo ha hecho desde que te vio, pero, cuando le enseñaste la foto, el tamaño de sus pupilas se ha reducido.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que le ha desagradado que se la mostraras. Me apuesto lo que quieras a que no ha querido descubrir a esa persona, por el motivo que fuera, pero que la conoce.

—¿Quieres decir porque el tío le hubiera untado, por ejemplo? —le preguntó Jessica.

—Por ejemplo, pero además es fijo porque se ha tocado la nariz, se ha ocupado la boca... te digo yo que ha sido una actuación mentirosa de manual.

—¡Pues estamos apañados! ¿Y cómo puede ser? ¿Cuántas posibilidades había de que yo apareciera por allí para preguntar por él, una entre un millón?

—Correcto, lo que nos lleva a pensar que no es solo de ti de quien se está escondiendo el tal Noel, estoy totalmente seguro de eso.

Salía de Guatemala y me metía en Guatepeor. La cabeza me empezaba a doler a saco y, para rematar la faena, allí estaba mi madre, al otro lado del teléfono para poner la guinda al pastel.

Me libré de ella como pude después de escuchar sus quejas porque me estuviera perdiendo mis vacaciones ibicencas y caí hacia atrás en la silla.

—¿En qué piensas? —me preguntó Jessica.

—Pues en que no hace ni una semana que salí de Madrid y me parece que hace un siglo.

—Chica, yo no sé qué decirte, pero a mí este asunto me empieza a oler regular, ¿y si te planteas tirar la toalla? Mira que si al final te metes en un follón —me sugirió Rodrigo.

—¿Tú qué piensas? —Miré a Jessica por aquello de que ella también era mujer.

—Hombre, yo te diría que hay muchos peces en el mar. Y que a veces se pescan hasta un par de buenos ejemplares a la vez. —Me hizo una burla y Rodrigo se rio.

—Sí, sí, que te lo cuente ella...

—Ya, pero ¿y qué pasa cuando una le echa el ojo a uno en concreto y es el único que te despierta el apetito?

—Pues que esa una, que por cierto debe hacérselo mirar porque deber ser un tanto masoca, tendrá que redoblar esfuerzos para dar con el pececito en cuestión. —Daba vueltas a la cucharilla de su café y justo dibujó un pez con la espuma.

—Vale, sois dos contra uno, llevo todas las de perder. Mañana os vuelvo a acompañar al escenario del crimen, pero con un plan, ¿eh? —propuso Rodrigo.

—Un crimen es el que voy a cometer yo contigo cualquier día, y con el otro de paso —resopló Jessica.

—Un dos por uno perfecto, ¡cómo te lo montas chica!

—Sí, sí, es cuestión de cogerle el vicio, les echo las broncas a dúo...

—Todo aclarado entonces. Propongo hacerte un recorrido turístico por París esta tarde, por si mañana morimos en el intento, que el conserje ese no debe tener muy buen talante.

En la cocina y, con los chicos, expusimos toda clase de teorías, algunas de lo más disparatadas. Álex, que parecía el más centrado del grupo, nos decía que mejor nos olvidábamos del tema y nos corríamos una buena juerga esa noche.

—Oye, que para seguir con la búsqueda nadie ha dicho que tengamos que hacer vida de monjes. —Jessica, en vez de aliñar la ensalada, estaba aliñando unos cigarrillos para postre.

—Ya, ya os veo. —Reí.



## CAPÍTULO 9

—¿Qué te parece? —me preguntó Jessica ante la Torre Eiffel y a mí me temblaban las piernas. Para mí era la culminación de un sueño. Lo único que ese sueño se veía empañado por el hecho de no hacerlo de la mano de Noel, como yo lo seguía llamando en el interior de mi cabeza en tanto no se demostrara lo contrario.

—Es absolutamente increíble, ya sabía que me iba impresionar, pero es que es demasiado. — Yo no paraba de hacer fotos.

—Oye y de tu chico misterioso, ¿no tienes ninguna aparte de la del documento de identidad que encontraste? Es que ahí está tan serio, que casi no le pongo cara.

—No, en Ibiza se mostraba muy reacio a dejarse fotografiar, decía que no era nada fotogénico. A mí me costaba trabajo creerlo, pues parecía un muñeco; pero ya, quién sabe...

—Típico, tópico de los que esconden algo, no dejarse fotografiar. — Alex era la negatividad en persona.

—Bueno, no la vayas a hundir en la miseria que te conozco, que igual todo esto tiene una explicación —le contestó Jessica.

—Sí, la de que a ese tío no le ve más el pelo, esa es mi teoría y aquí hay libertad de expresión, guapa.

—Ni caso, ya verás cómo mañana sacamos un hilo del que tirar —añadió Rodrigo, mucho más proclive a ayudar.

—Yo es que soy de los que piensan que. si algo no empieza bien, mejor dejar el mundo correr y no forzarlo, chica. —Volvió Álex a la carga.

—Que ya lo sabemos, pelmazo, ¿quieres callarte un poquito? —repuso Jessica.

—Cremallerita en los labios, pero, como os metáis en un lío, a mí no me digáis nada, que estoy hasta la coronilla de sacaros de marrones a este y a ti.

—Cuenta, cuenta. —Aquello era como ir con una panda de titiriteros, de lo más gracioso y yo quería saber.

—Pues estos dos que se han metido en movidas de todo tipo, y alguna que otra vez han ido a dar con sus huesos en el calabozo, con eso te lo digo todo. Y yo he tenido que ir a sacarlos, que eso no lo cuentan, ¿o me equivoco? —Los miró burlón.

—Dicho así parece que hubieras tenido que organizar la fuga de Alcatraz por nosotros, la

madre que te echó al mundo, ¿se puede ser más exagerado? Todo por un par de manifestaciones... —repuso Jessica.

—Haya paz, ya sabes cómo es, si no se reviste del título de salvador no está tranquilo. — Rodrigo paseaba con las manos en los bolsillos.

Me eché a reír y no pude evitar hacer el paralelismo mental con mi particular salvador, ¿dónde estaría Noel? Por mucho que me devanara los sesos, no podía imaginar la razón que le había llevado a salir de Ibiza tan apresuradamente. A ver, yo sabía que era periodista, quizás fuera algo relacionado con su trabajo, pero todo era demasiado confuso.

—¡Eh, tú! Que te has quedado en Babia, empanada. —Jessica me pasaba la mano por delante de la cara, cierto que yo no estaba muy fina últimamente.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que si vas a querer subir a la torrecita, pero te advierto que todo esto que ves es cola, no creas que es moco de pavo, tú verás. Y a mí me están entrando unas ganas de fumarme un cigarrillo de esos que no sé yo si los voy a dejar a todos con una carita de gusto que no veas.

Aquellos chicos eran increíbles, lo más natural que se despachaba en persona, y la compañía más extraña que yo hubiera podido imaginar nunca para una empresa como aquella. Pero también la mejor, pues se estaban portando conmigo extraordinariamente.

—No, no, yo tengo otros planes para la primera vez que suba, no te preocupes —le contesté.

Por unos segundos, recordé la preciosa sonrisa de Noel y pude verme subiendo con él. Un súbito estremecimiento me invadió y se reflejó en unos ojos vidriosos que a punto estuvieron de delatarme.

—Huy, huy, que esta se nos va a poner tontorrón, tenemos que dar pronto con su príncipe azul, que yo no quiero melodramas en mi vida —bromeó Jessica.

—¿Tú no eres romántica? —La picó un poco Álex.

—Yo sí, por eso tengo dos amores, por si me falla uno, ¿o es que todavía no te has enterado? Y hablando de romanticismo, ¿y si la llevamos a Montmartre?

—¿Al barrio de los pintores? Sí que me encantaría ir —suspiré.

—¡Pues entonces en marcha!

Cuando por fin llegamos a lo más alto de la colina, yo estaba con la lengua fuera.

—Por el amor de Dios, ¿alguien puede decirme cuántos escalones hemos subido?

—Pues casi doscientos, bonita. Ya verás mañana las agujetas —me contestó Jessica.

—Pero no vayas a decir que no ha merecido la pena, para mí es uno de los mejores lugares de París —observó Rodrigo.

—Desde luego que sí, es realmente maravilloso. —Podría haberme quedado allí durante horas.

En ese instante me sucedió una de esas cosas que no puedes explicar con palabras. Por mucho que la situación me confundiera, yo sabía que la cabeza todavía la tenía en mi sitio, ¿cómo era posible? Y es que, entre todas aquellas caras, hubiera jurado ver la de Noel. Fue un visto y no visto, el tiempo de identificarla, sacudir la cabeza y comprobar con absoluta tristeza que no había sido más que una jugarreta del destino.

—¿Qué te ha pasado? —Jessica me abrazó al percatarse de que algo acababa de enturbiar la poca paz que yo sentía en aquellos días.

—Una tontería, creía haber visto a Noel entre la gente, ¿no es para matarme?

—Yo creo que es por el estrés postraumático ese que llaman, tienes todos los sentidos en alerta y pasan estas cosas. —Me psicoanalizó sobre la marcha.

—Eso debe ser —suspiré de nuevo.

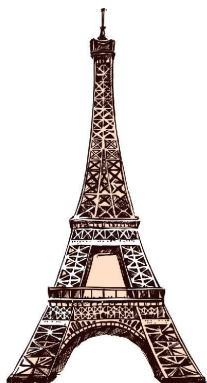
Me encontraba especialmente melancólica y es que, en cuestión de pocas horas, sentía que el recuerdo de Noel, ese tan intenso, quizás comenzara a desdibujarse poco a poco. Me reconfortó cerrar los ojos y escuchar el sonido de su risa y el de su voz... No, por suerte, todavía seguía ahí. A mí ese chico me había dado muy fuerte y no estaba dispuesta a perderlo, así como así.

—¿Qué hacemos? Tú dirás. —Los chicos no sabían cómo actuar para que yo me sintiera mejor.

—Creo que será cuestión de ir volviendo, os invito a cenar.

Conforme íbamos dejando el barrio más bohemio de París atrás, sentí que era un sitio al que ya estaba deseando volver. Y es que la ciudad al completo me estaba cautivando, suponía que muy probablemente por ser la cuna del hombre del que me sentía más enamorada por momentos.

¿Sería una mema total? Pues cabía esa posibilidad porque, ¿y si todo se reducía a que se había quitado de en medio sin decirme palabra? Esa idea me atormentaba como pocas. Me resultaba martirizante pensar que Noel se hubiera aprovechado y reído de mí. No podía ser, la borré de mi cabeza y me centré en el plan del día siguiente. ¿Cuál iba a ser? Pues ni idea, esa era la verdad.



## CAPÍTULO 10

—¡Todos a sus puestos! —exclamé a la mañana siguiente poco antes de llegar al portal donde se suponía que vivía Noel.

—¡Estás para immortalizarte en un cuadro! —le soltó Rodrigo a Jessica, quien ciertamente estaba irreconocible sin sus pantalones cagados de rayas de colores.

—Déjate de cachondeito que todavía me vuelvo, no puedo parecer más pija, me va a dar una reacción alérgica o algo.

Ataviada para la ocasión, Jessica llevaba unos pantalones grises, camisa blanca con lazo en el cuello, zapatos de tacón y peinado de persona, en lugar de la maraña que solía llevar por pelos. Ya me había encargado yo de eso, así como de maquillarla para la ocasión.

—Pues déjame decirte que andas como un pato mareado con los tacones. —Rio él.

—¿Sí? Pues todavía me quito uno y te lo estampo en la cabeza, ¿cómo lo ves?

—Venga chicos, que tenemos una misión que cumplir.

Carpeta en mano, Jessica se acercó hasta el conserje, mientras Rodrigo y yo nos escondimos en la esquina, por aquello de que nos conocía del día anterior.

—¿Sabría usted indicarme dónde está esta calle? —Le enseñó un panfleto con una dirección —. Por favor, tengo una entrevista de trabajo y ya me voy tarde. Le estaría muy agradecida.

—Sí, mire tiene que coger...

El conserje salió a la calle para darle las oportunas indicaciones y nosotros vimos el cielo abierto; agachados y a la velocidad de la luz, entramos en el edificio.

El reloj marcaba las ocho de la mañana y nos pareció buena hora para que Noel estuviera en casa, si es que de verdad vivía allí.

Subimos los escalones de dos en dos y justo llegábamos al tercer piso cuando escuchamos una puerta que se abría.

—Espera, no vaya a ser él. —Rodrigo me tomó por el hombro.

—Ya sería casualidad, no creo. —Me dispuse a seguir subiendo.

—Espera que es una voz de hombre...

—¿De hombre? —suspiré—. ¡Es Noel! —mis ojos se llenaron de lágrimas, lo había escuchado a las claras y solo un par de escalones me separaban de él.

—¡¡Noel!! —exclamé incluso antes de verlo, con los brazos por delante para cogerme a él.

Se me bajaron solos cuando vi la escena. Era Noel, pero no estaba precisamente solo, sino acompañado por una atractiva mujer, que acababa de salir con él de su casa.

—Perdona, ¿quién eres? —me preguntó ella en francés, hasta ahí pude entenderla.

—Y tú, ¿quién eres tú? —le pregunté yo—. O mejor todavía, ¿quién eres tú? —Miré a Noel fijamente y luego a ella, que debió entenderme, a pesar de hablar en castellano.

—Yo soy Paulette y este es mi marido, Charlie —me contestó.

—Joder, ¿lo has entendido o quieres que te lo traduzca? —me preguntó Rodrigo.

—Oído cocina, no hace falta—. Me quedé loca.

—¿Conoces a esta mujer? —le preguntó ella.

—No la he visto en mi vida, amor. Debe haberse equivocado.

—Por favor, dejadnos pasar —dijo ella y ambos se metieron en el ascensor.

Llorando como una Magdalena, me acerqué a Rodrigo, quien acababa de traducirme esas últimas frases. Mientras las puertas del ascensor se cerraban, mis ojos se clavaron en los de Noel. ¿Acababa de negar conocerme? Así era y lo había hecho con total frialdad.

—Es un miserable y un mierda, no merece que derrames ni una lágrima por él —me decía Rodrigo mientras bajábamos por las escaleras.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Son los de ayer, los conozco —gruñó el conserje.

—Déjenos por favor, que no está el horno para bollos —le solté en perfecto castellano, aunque se ve que mi cara le disuadió de acercarse.

—No quiero volver a verlos por aquí o llamaré a la policía —amenazó.

—¿Qué ha pasado? —nos preguntó Jessica al vernos salir con esa cara de funeral.

—Que el muy hijo de su madre está casado con una estirada que encima me ha mirado como si yo fuera un mojón despeinado.

—¿Qué dices? ¡Será cabrón! Así salió al galope de allí, se le habría partido a ella una uña y tuvo que volverse. Dime por Dios que por lo menos lo has vestido de limpio, que me quede esa satisfacción...

—¡Qué va! Si es que es lo peor, que me he quedado tan en shock que no he podido decir ni mu...

—Vamos, que encima se ha ido de rositas, déjame que me encargue yo, que de tanguas sé tela; les voy a liar la de San Quintín a los dos a la que vuelvan a asomar los morros por aquí, por estas. —Hizo el gesto de prometer y me abracé a ella.

—No, no merece la pena, vámonos.

Me subieron en la furgoneta como a la Dolorosa. Me sentía traicionada y ultrajada, pero, lo que más me dolía de todo era que el muy gusano hubiera negado incluso que me conocía. Yo no sabía si había actuado bien. Tenía suficientes argumentos como para haber desmontado sus palabras, ¿qué pensaría la maniquí de su mujer si yo le enseñaba los documentos? ¿Y si le daba ciertos detalles íntimos como el de un lunar que él tenía y que solo era visible si le habías visto sus partes nobles muy de cerca?

Pero no. Yo no era así, yo no iba a entrar en aquel sucio y asqueroso juego. Yo tenía otros valores y no iba a tirarlos por tierra para ponerme a la altura de alguien que desconocía lo que era la lealtad.

Por otra parte, no podía quitarme de la cabeza qué habría pensado él cuando me hubiera visto en la puerta de su casa. ¿A cuántas mujeres conocería dispuestas a buscarlo así por cielo y tierra? No es que quisiera echarme flores, pero desde luego que mi actuación hablaba de mi manera de ser; y la suya, sin duda, también.

Conmocionada llegué a casa de los chicos y tuve que tumbarme. Alex, que volvió a quedarse trabajando en aquel proyecto que los involucraba a los tres, me miró e intuí un “te lo dije” que no acertó a decir, pues lo dejó mudo la inquisitiva mirada de Jessica.

—Chicos, hay un cambio de planes y nos piden unas fotos para una exposición que se inaugura esta misma noche. Han tenido una baja de última hora y supone una oportunidad para nosotros. Voy a seleccionar también algunas de las últimas en las que posaste tú, Jessica —les explicó.

—Perfecto, esperemos que haya suerte.

—Creo que es una buena oportunidad, pero tendremos que hacer acto de presencia, no sé cómo lo veis.

—De eso nada, yo esta noche me quedo con Penélope, que ya ves que viene hecha polvo. —Le hizo Jessica una señal como de que luego le explicaba.

—De ninguna manera, yo esta noche me quedo aquí tan ricamente, chicos. Y mañana me subo en el primer vuelo que salga para Madrid.

—Pues entonces vente a la exposición, tonta. Lo pasarás bien, te despejarás y encima podrás conocer gente.

—¿Más franceses? Deja, deja tengo el cupo lleno...

Pasé un día de perros, esa es la única verdad. Pillé un vuelo para el día siguiente y pedí a todos los santos que el reloj se adelantara, pues ya tenía ganas de llegar a casa y dejar toda aquella pesadilla en el pasado.

Pero no, las horas pasaron lentas y tediosas en un día durante el cual no pude probar bocado. Me sentía rematadamente imbécil, no había otra. Abrase visto, yo preocupándome por él y haciendo malabares para encontrarlo, y él riéndose a mi costa y al lado de su mujercita.

¡Maldita sea! Yo, que siempre había huido de las aventuras y que iba con pies de plomo en el amor, ¿por qué había tenido que lanzarme en esta ocasión? Para una vez que me decidía a cambiar el chip, bien me había salido el tiro por la culata.

Al final de la tarde, los chicos comenzaron a cambiarse y la casa se alborotó. Estaban ilusionados porque traían entre manos un proyecto cuyas expectativas eran realmente buenas y yo les deseaba toda la suerte del mundo.

—¿De verdad que no te animas a venir con nosotros? Mira que eres muermo, ¿qué vas a hacer aquí sola y deprimida? Seguro que comer helado y luego te quejarás, que ya sabes que ese puñetero dura un segundo en la boca y toda la vida en las caderas. —Rio Jessica, queriéndome convencer.

—Os lo agradezco de corazón chicos, pero no tengo cuerpo para nada, estoy para el arrastre.

—Sí, guapa, vaya estropicio mental que te han hecho, tienes que enmendarte, ¿eh? —Rodrigo se acercó al sofá y me hizo una carantoña.

—Piensa que tíos como ese están en el mundo de relleno, Penélope, no le des el gusto de que se lleve tu energía, ¿vale? —Álex también lo sentía y me lo hacía saber a su manera.

—Vale, vale, chicos, sois los mejores, no os preocupéis por nada, que estoy bien...

Bueno, bien, bien... Conforme cerraron la puerta rompí a llorar como cuando era pequeña y me caía, desollándome las rodillas, solo que el de ahora era un dolor más intenso, con un escozor infinitamente más fuerte. Lo que a mí me dolía era el alma, y me dolía por haber sido una soplagaitas, que se había creído el cuento del primer vendeamores que había pasado por su lado.

Unos quince minutos después de que los chicos se hubieran ido, con el alma desgarrada, me dirigí a la nevera a hacer aquello que había profetizado Jessica; esto es, ponerme ciega de helado. Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta y acerqué el ojo a la mirilla. Lo que vi por ella



hizo que me desmoronara y escuché el sonido de la cuchara al caer de mi mano e ir a parar contra el suelo... Era Noel.



## CAPÍTULO 11

Durante un par de segundos, dudé en si abrir o no. Una parte de mí quería hacerlo y decirle de todo menos bonito; mientras que otra, más tranquila y racional, me invitaba a darle con el látigo de la indiferencia. Semejante disyuntiva me nubló el sentido hasta el punto de ni siquiera caer en cómo diablos me había encontrado.

—Pe, sé que estás ahí, abre la puerta, por favor —escuché su voz y me dieron arcadas.

Por el amor del cielo, yo no era tan fuerte como para resistirme a saber lo que había venido a decirme. De hacerlo, existía la posibilidad de que me quedara la duda durante toda la vida en plan bucle mental y ese era un riesgo que no estaba dispuesta a correr.

—¿Cómo me has encontrado? Aparte de un mentiroso compulsivo, ¿qué más eres, un detective privado? —La abrí y pasó.

—No, soy alguien que viene a decirte que...

—Oye, ¿de qué va esto? Espero que tengas la decencia de no haberme venido a decir que lo que he visto hoy no es lo que parece, insultando mi inteligencia a saco.

—Pues ciertamente no lo es, pero antes de que te lo explique tienes que asegurarme que tus amigos van a tardar en volver.

—Encima eres un cobarde, ¿quieres poner tu culo a salvo? No te preocupes que, si no te cogí yo por el cuello esta mañana, tampoco lo harán ellos. —Yo estaba fuera de mí.

—No es por mi seguridad, Pe, es por la suya. —En ese instante me pareció sincero y esa información sí me interesaba. Si su presencia allí ponía en juego la seguridad de los chicos, yo debía saberlo. Pero ¿a santo de qué?

—Siéntate, van a tardar unas horas, ¿se puede saber de qué estás hablando? Creo que me debes más de una explicación, basta ya de juecitos absurdos.

—En eso tienes toda la razón, escúchame por favor.

—Suéltalo ya —dije de mala gana.

—Pe... —Hizo ademán de cogerme las manos y me dieron ganas de estrangularlo, por lo que las apartó de inmediato.

—Suelta lo que sea rapidito, por favor. No tengo ganas de verte ni de escuchar lo que tenga que salir por tu sibilina boca.

—Iré al grano, Pe, yo no estoy casado. Esa mujer que has visto esta mañana es una compañera

de trabajo.

—Pues sí que estáis compenetrados. ¿Y lo de decir que es tu mujer obedece a algún jueguito perverso?

—Más bien obedece a que no nos vuelen a ninguno de los dos la tapa de los sesos. Yo no soy periodista, soy policía infiltrado, y ella también.

—¿Policia infiltrado? O tienes mucha imaginación o muchas cosas que contarme.

—Más bien lo segundo, lo reconozco. Pero piensa una cosa, Pe, yo jamás estaría comprometiendo la seguridad de la operación, ni exponiéndome a que me suspendan de empleo y sueldo, si no fuera porque eres extremadamente importante para mí.

—Pues poco se ha notado, perdona que te diga. —Mi cabeza daba vueltas como una peonza y me costaba diferenciar la realidad de la ficción.

—Lo entiendo perfectamente. No sé ni por dónde empezar a contarte, yo no debería estar aquí...

—Empieza por cómo me has encontrado.

—Pe, te estoy siguiendo desde ayer que estuvisteis en el edificio en el que supuestamente vivimos.

—Ya, porque no es ahí donde vives, ¿verdad?

—No, claro que no, yo no soy rico.

—Sin embargo, la casa de Ibiza sí era tuya, no de alquiler como me dijiste, hice mis pesquisas...

—Cierto, no podía dejar cabos sueltos. Era mejor que no pudieras dar conmigo en el caso de que las cosas se pusieran feas. Ni siquiera debí llevarte nunca allí. Lo que comencé a sentir por ti hizo que cometiera algunos errores.

—O sea, que fue un error lo que pasó entre nosotros.

—¡¡¡No!!! Pe, lo que yo comencé a sentir por ti en unos días no lo había sentido nunca. Esa es la verdad.

—Pues será la única, porque todo lo demás era mentira. Madre mía, esto es un lío tan enorme que me estoy volviendo loca. Si hasta creí verte ayer...

—En Montmartre, no es que lo creyeras, yo estaba allí. Como te he dicho, os seguía la pista desde por la mañana.

—El conserje, fue él, ¿no?

—Sí, también es de los nuestros, por eso negó que yo viviera allí. Encontraste mis documentos, ¿verdad? Tienes que haber dado así conmigo.

—Sí, en el jardín, junto con tu móvil atropellado. Me abrió la puerta el hijo de tu jardinero.

—Llevábamos muchos meses planeando infiltrarnos en esta banda, pero iba a ser más a la larga. Sin embargo, cuando volvimos aquella tarde de la excursión al faro, yo tenía varios mails ordenándome mi vuelta inmediata. Algo muy grave acababa de pasar y teníamos que interactuar con ellos a toda prisa o el trabajo que muchos llevábamos desarrollando durante los dos últimos años se iría por la cisterna.

—¿Y no pudiste ponerte en contacto conmigo?

—Por seguridad no grabé tu número en ningún otro dispositivo y, la salida de la isla fue tan precipitada que perdí el móvil en el jardín, según me cuentas, junto con toda la documentación de mi identidad falsa.

—¿Eso quieres decir que de verdad te llamas Noel?

—Sí, no te mentí en mi nombre. —Me cogió las manos en ese instante y fui incapaz de

retirarlas.

—Mejor, Noel me gusta más que Charlie.

—Pe, ¿eres consciente de que no deberías saber nada de lo que te estoy contando? Necesito que vuelvas a España y que te olvides de esto cuanto antes hasta que yo pueda contactar contigo, cuando todo haya terminado.

—¿Quieres decir que mientras no voy a poder saber nada de ti? —Un nudo se adueñó de mi garganta.

—Absolutamente nada. Nadie debe saber ni media palabra de lo que te estoy contando. Ya te digo que te estoy siguiendo desde ayer y no he podido acercarme a ti hasta que no has estado sola. Corres peligro estando cerca de mí, tienes que confiar en mi palabra. Es gente extremadamente peligrosa.

—Lo entiendo, lo entiendo. Y, ¿por qué no lo dejas todo y te vienes conmigo a España? No podría soportar que nada malo te pasara. Ya sé lo que es perderte una vez, no quiero pensar en perderte otra.

—Y no me vas a perder, pero tienes que limitarte a seguir mis instrucciones y todo irá bien.

—¿Y cuándo se supone que terminará todo esto?

—En dos semanas.

—¿Estás seguro? Mira que dos semanas eran las que íbamos a pasar solos en Ibiza y todo se torció. Ahora me hablas de otras dos semanas y me da miedo...

—Esta vez todo va a salir bien. Dos semanas y este asunto habrá terminado.

—¿Y no podré saber nada de ti? No sé cómo voy a aguantarlo. Vente conmigo a España y deja todo esto aquí, por favor. Estoy dispuesta a trasladarme a tu casa de Ibiza o a lo que haga falta.

—¡Ojalá, pequeña! —Me acarició el pelo—. Créeme que nada me gustaría más en el mundo, pero el deber me llama.

—¿Y estás dispuesto a jugarle el pellejo por un sueldo? Por lo que veo no te hace falta, Noel.

—Eso es cierto, me hice policía por vocación. Mi abuelo materno era un hombre adinerado y a su muerte nos dejó en una posición holgada. Por eso yo he viajado desde jovencito a Ibiza, y por eso pude comprarme el año pasado esa casa... Siempre he vivido bien, pero controlando. Mi mejor amigo era mi hermano Travis, dos años menor que yo. Por desgracia, él era menos sano y las salidas nocturnas hicieron que se aficionara a ciertas sustancias, creo que tú ya me entiendes...

—Me hago cargo, sí.

—Hace unos años, mi hermano murió por consumir cocaína adulterada. Después supe que había sido el fruto de un ajuste de cuentas. Por lo visto, les debía dinero a los de la banda con la que yo ahora supuestamente hago negocios, y se lo cargaron, tipo chivo expiatorio. Así el resto de morosos entenderían que, o les pagaban, o los metían en una caja de pino. ¿Entiendes ahora por qué no puedo dejarlo?

—Lo entiendo, cariño. —Me eché a llorar sobre su camiseta y sentí una extraordinaria mezcla de alivio por saber la verdad y de miedo por la posibilidad de que le pasara algo.

—Siento muchísimo el mal trago por el que has tenido que pasar estos días, pequeña. Yo necesitaba tiempo para poder contactar contigo en España, pero a salvo. En cuanto a la escenita de esta mañana, mi compañera no sabía por dónde iban los tiros. Y yo no podía exponerla frente a los que para ella eran unos completos desconocidos, por lo que tuve que seguirle la corriente.

—Lo entiendo. Y no te imaginas hasta qué punto me ha revuelto las tripas pensar en que fuera tu mujer y que te hubieras aprovechado de mí.

—Yo nunca podría aprovecharme de ti, cielo, ¿me tomarás por loco si te digo que te quiero?

—Solo lo haría si yo no lo sintiera, pero también te quiero. —Seguí llorando sin poder separarme de él.

—¿Me lo dices de verdad? También lo he pasado fatal de pensar que quizás te hubiera perdido para siempre, que ni siquiera estuvieras dispuesta a escucharme...

—Has estado a un tris, eso puedes jurarlo. Ya echaba sapos y culebras por la boca.

—¡Cómo para no! Me tengo que ir, cariño, ¿me darás una cucharada de ese helado antes de marcharme?

—Pero si ya está derretido. —Lo miré todavía con el corazón encogido por lo profundo de su confesión.

—¿Y? Yo también estoy derretido delante de ti y todavía sirvo, ¿o no?

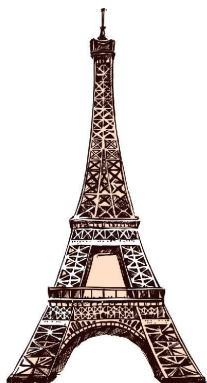
—Le dí una cucharada de helado y, a renglón seguido, nos dedicamos el más dulce de los besos.

—¿Cuándo y cómo voy a verte? Esto va a ser un suplicio, ¿lo entiendes?

—Espérame en el vuelo que llega a Barajas a las dos de la tarde en dos semanas a partir de mañana, mi niña.

Esas fueron las últimas palabras de Noel antes de salir pitando y dejarme de nuevo sola. Ni que decir tiene que la ansiedad hizo que me zampase la tarrina de chocolate entera. ¿Cómo había sobrevivido yo tantos años a una vida tan aburrida? Conocer a Noel podía asemejarse a montar en una atracción de esas salvajes en las que crees echar hasta los higadillos durante el trayecto.

El último beso que me dio en la puerta había dejado en mí un sabor sin igual, pues tanto me sabía a esperanza como a temor. Catorce días por delante en los que no sabría nada de él, se me representaban como un tormento, pero obvio que no tenía escapatoria; estaba enamorada de Noel de pies a cabeza e iba a marcar en el calendario la fecha de su regreso como la del comienzo de una nueva y maravillosa vida.



## CAPÍTULO 12

—No sé cómo os voy a poder agradecer todo esto, chicos. —Los tres estaban despidiéndome en el aeropuerto.

—Nada, nada, ya iremos por tu casa a darte la lata también, mujer. Me alegro de verte más fuerte, no te preocupes que pronto aparecerá alguien que de verdad merezca la pena —me soltó Álex a modo de despedida y yo me reí pensando en que si él supiera...

—Bueno, siento que las cosas no salieran bien, pero piensa en que en nada vas a estar fuerte como un roble, bonita —añadió Rodrigo.

—Deja a estos cantamañanas y dame un beso a mí, que ya sabes dónde tienes una amiga. —Me abrazó fuerte Jessica.

—No os preocupéis y mil gracias por todo, ya estoy mucho mejor, de verdad.

—Sí, mujer, si se te nota en la cara —dijo ella mientras yo giraba sobre mis talones y me dirigía a la zona de embarque.

Con más sueño que un canasto de gatitos, llegué al asiento del avión y me repanchingué. Desde que Noel había salido de la casa de los chicos, yo no había podido pegar un ojo. Por fin todas mis dudas estaban resueltas. Mi corazón no me había engañado, por mucho que todo apuntara a que sí.

El “te quiero” que me había regalado antes de marcharse se repetía una y mil veces en mi cabeza. Ya no lo veía como al principio, después de haber sido “la razón que me llevó hasta París” yo no pretendía que Noel fuera alguien pasajero en mi vida. Y a juzgar por sus palabras y por lo que yo había escudriñado en su mirada, tampoco él quería que lo nuestro fuera algo efímero.

De un momento para otro, el dolor que había sentido en mi pecho el día anterior, al creerlo casado, se había transformado en un miedo cerval que me paralizaba. Y, para más inri, era un miedo que no podía compartir con nadie de mi entorno, pues si algo me había quedado claro es que hacerlo comprometería su seguridad, la mía y la del resto de mis seres queridos por largar lo que no debía.

Así las cosas, la noche anterior tuve que morderme la lengua cuando los chicos volvieron de la exposición y Jessica me dijo que olía a perfume masculino en el salón. Menos mal que los chicos le quitaron importancia diciendo que suerte que era masculino y no femenino, dando a entender que ellos no tenían nada que ver con el asunto.

Lo peor iba a ser escuchar a mi madre, a quien yo ya le había avanzado que Noel era un adúltero de tomo y lomo, antes de descubrir la verdad. Pero bueno, ya haría encaje de bolillos por sortearla durante las dos semanitas que restaban para poder gritarle al mundo que mi amor y yo estábamos juntos y en este caso, revueltos.

La sensación al abrir la puerta de mi apartamento fue de que entraba por ella una Penélope nueva y renovada. En cuestión de pocos días la vida me había dado un vuelco y ahora comenzaba una nueva etapa en la que la pasión que sentía por mi trabajo sería compartida por la que ahora sentía también por ese hombre llamado Noel, que había calado en mi corazón con la fuerza de un ciclón. Minutos después recibí la llamada de mi madre, que justo aterrizaba también de Ibiza.

—Valiente sinvergüenza estaba hecho el gabacho, así que quería meterse en familia cuando estaba casado; capado es lo que lo dejaba yo, por adúltero y mentiroso. —Tuve que aguantar la risa, la situación era tremenda.

—Déjalo ya, anda mamá, no te preocupes por nada.

—Bueno hija, como dicen que “no hay mal que por bien no venga”, por lo menos esto te ha servido para ver París, que, si me llego yo a imaginar el final del cuento, me voy contigo.

—Mamá, de verdad que yo estoy bien. —No quería darle pie a que siguiera pensando mal de Noel, pero tampoco podía decirle nada que la llevara a intuir que ocultaba información.

Desde aquel primer día tomé conciencia de que aquellas dos semanas iban a ser interminables. Y es que no me podía quitar de la cabeza las muchas veces que él repitió lo arriesgado de la situación. No poder comprobar si estaba bien y que todo marchaba conforme a lo convenido, me causaba una enorme congoja. Por esa razón pensé en volcarme en mi trabajo para intentar que los días tuvieran algo menos de tediosos.

Abrí el correo, que tenía un tanto abandonado, y vi un mail que me llamó poderosamente la atención. Era de mi banco y las cuentas no me cuadraban, debía haber un error. De hecho, me ofrecían una línea de crédito en extraordinarias condiciones para la expansión de mi negocio, dado que el mismo había duplicado sus ganancias en la última semana.

Una vez comprobado que no había trampa ni cartón, empecé a dar saltos. Yo, que tanto había dudado en lanzarme a la aventura empresarial por miedo, estaba experimentando una increíble proyección en un tiempo récord. Incluso había dudado hasta última hora si tomarme o no aquella semana de vacaciones por si el negocio se resentía, ¡y ahora aquello!

Poca duda cabía de que en lo profesional las cosas iban sobre ruedas para mí. Solo faltaba que Noel pudiera cumplir su cometido para reunirnos y hablar de nuestro futuro. Sí, nuestro futuro. ¿No era para dar brincos?

Pensándolo bien, la intensa conversación que mantuvimos en París, en el piso de los chicos, no pudo durar más de unos minutos por lo inapropiado de nuestro encuentro en tales circunstancias. No obstante, de ella saqué la mejor conclusión que podría haber soñado; Noel me quería y yo lo quería a él.

Conociéndolas como las conocía, estaba segura de que Paula y Lucía me dirían que estábamos locos cuando yo pudiera contárselo, porque ambas eran de la opinión de que no se podía querer en tan poco tiempo. No iba a juzgarlas por ello, porque yo misma compartía esa opinión hasta que un certero flechazo de Cupido se había encargado de demostrarme que a veces lo imposible no lo es tanto.

Me senté a echar cuentas y, para mi asombro, lo que hasta hacía poco era un sueño, ahora podía convertirse en una maravillosa realidad. Aunque ellas no lo supieran, mi idea inicial era que el día de mañana pudiéramos ser socias en el negocio, aunque pensaba que para eso iba a

necesitar un golpe de suerte del tamaño de una catedral. Pues bien, el que estaba recibiendo no era un golpe, sino un aluvión de ellos, y eso iba a hacer posible algo que probablemente nos cambiara la vida a las tres.

Sin pensarlo dos veces, levanté el teléfono y las cité para aquella tarde. Las chicas eran las mejores compañeras de trabajo que yo había tenido jamás y bien merecían una oportunidad como aquella.

Horas después, sentadas en aquella cafetería, yo trataba de evitar el tema estrella, el de Noel, pues se me hacía muy difícil tener que omitirles la información de la que disponía y no poder compartir con ellas mi felicidad.

—Y hablando de otra cosa —les dije en cuanto tuve ocasión de cambiar el tercio—, ¿qué os parecería que nos pudiéramos convertir en socias?

—¡Es coña! —exclamó Paula llevándose las manos a la boca.

—¿Es una broma o cómo va esto? Mira que, si te estás riendo de nosotras porque ahora eres empresaria, te vamos a canear —me advirtió Lucía.

—¿Estáis tontas o qué os pasa? Lo que os estoy ofreciendo es una nueva vida, con horarios flexibles e ingresos multiplicados por mucho, so petardas, que eso es lo que sois. —Yo las quería como si fueran mis hermanas.

—¡¡¡Me muero!!! —chilló Paula.

—¡¡¡Ains, yo creo que hasta se me ha bajado la tensión!!! —Laura era un tanto exagerada.

—Pero eso, ¿desde cuándo? Danos información, que estamos nerviositas.

—Eso desde ya. Mañana mismo podéis pedir la cuenta en la empresa, que la firma la vamos a ver subir como a la espuma.

Y precisamente con la espuma de unas cervezas bien fresquitas brindamos por una nueva vida que se abrió ante nosotras con una luz y un color incomparables.

Aquella noche taché el primero de los días que tenía señalados en el calendario, comprobando que no había un minuto en el día en el que no me acordara de Noel y le pidiera al universo que le echara un cable para salir de aquello en lo que estaba metido. De madrugada, me desperté sobresaltada y empapada en sudor; había tenido la pesadilla de que casi le descubren y me sentía morir. Necesitaba que el tiempo pasara más rápido y lo necesitaba para ya.





## CAPÍTULO 13

Dos semanas después yo había aprendido lo que es el concepto de la impaciencia en estado puro. Desde que tuve la pesadilla con Noel, las noches se habían convertido en largas estancias en el purgatorio. Y los días estaban repletos de interminables horas que me pesaban como losas.

En ese contexto, todos achacaban lo irascible que estaba a lo infructuosa que supuestamente había sido mi búsqueda de Noel en París, por lo que en ese aspecto tenía las espaldas cubiertas. En cuanto a mí, volqué todos mis esfuerzos en el trabajo, y ya con Paula y Lucía como socias, me dispuse a hacer crecer todavía más un negocio que bien valía la pena, a juzgar por sus espectaculares y pronto resultados.

La vida me sonreía, solo me faltaba incluir en ella la sonrisa de Noel. Aquella mañana yo no podía disimular los nervios y eso fue algo que no les pasó a las chicas por alto.

—¿Se puede saber por qué esos temblores en las manos? Como sigas así nos vas a enviar de cabeza al hospital y el coche lo vas a dejar con más bollos que el orinal de un loco, zopenca —me dijo Paula.

—Sí, no sé qué me pasa esta mañana, parece que estoy un poco temblona.

—¿Un poco temblona? Tú no te ves, pero lo que parece es que le has echado Red Bull a los cereales del desayuno —replicó Lucía.

—Y, por cierto, anda que no te has puesto guapa ni nada, ¡ni que tuvieras una cita! —exclamó Paula.

—¿Una cita? No eres tú loquita ni nada, para eso he quedado yo... —Disimulé riendo para dentro y pensando que vaya tino había tenido con su comentario.

—No, una cita no tendrá, no la taladres, pero sí que está radiante, ¿oye tú no habrás echado un polvo anoche y estás más callada que en misa? Mira que yo también coincidí en que estás muy guapa, pero es que encima tienes unos colores muy sospechosos —añadió Lucía.

—¡Que os den a las dos! ¿Y no se os ha ocurrido pensar que somos empresarias y vamos a una reunión? En media hora nos reuníamos con un proveedor importante.

—Bueno, bueno, ahí le has dado. Al final vamos a ser como las Koplowitz, pero en versión trío —repuso Paula.

Cierto que yo iba como un flan y que capoteaba el temporal como podía. Y es que la imagen de Noel bajando del avión y diciéndome que aquella misión tan peligrosa había quedado atrás me

hacía rematadamente feliz y soñaba despierta con ella.

A las once menos diez entramos en la oficina de aquel importante proveedor con quien pensábamos concertar una nueva línea para nuestro negocio.

—Buenos días, lamento confirmarles que el señor Roldán ha sufrido un percance con su coche mientras venía hacia aquí y se va a demorar un poco —nos informó su secretaria.

—¿Cuánto es un poco? —Me quedé pálida como la cera, yo tenía que estar a las dos en el aeropuerto.

—No sé, supongo que, como muy tarde, en un par de horas estará en su despacho, puedo ofrecerles un café mientras, si lo desean.

—No, no, gracias, mejor nos vamos a tomar un pisolabis a una terracita, no se preocupe —le comentó Paula.

A ver, la reunión era de suma importancia y yo no podía decirles a las chicas que me tenía que ausentar. Tampoco quería vender la piel del oso antes de cazarlo, y además que Noel me había recalcado que no dijera nada a nadie de sus planes hasta que no estuviera en España.

—Nerviosita me estás poniendo al mirar tanto el reloj, guapa, ¿qué más da si el hombre tarda un poco más o un poco menos? Pues anda que estamos mal sentadas aquí en esta terracita como tres marquesas —me reprochó Paula.

—Ya, ya, lo único es que tenía que hacer luego unas cosillas, pero esperemos que no se demore demasiado.

—¿Qué cosillas? No estarás planeando irte otra vez de viaje. Aunque si vas a encontrarte a un maromo como el de la última vez, avisa. —Lucía era la imprudencia en persona.

—Eso, tú mete más el dedo en la llaga, bonita. No le hagas ni caso, Pe, ¿has quedado para comer o algo?

—Más o menos. —Mis nervios no hacían sino intensificarse.

No había quedado para comer, pero algo de cierto había en aquello, porque iba a comérmelo; ya que me moría por zamparme a aquel ladrón de corazones, que se había llevado el mío con él hasta París.

—Son las doce, ¿nos volvemos a acercar por la oficina? —les pregunté.

—Cansina eres un rato, la secretaria nos dijo que nos avisaría.

Hice mis cálculos y necesitaba media hora para llegar al aeropuerto, aparcar y alcanzar a tiempo a la terminal. Al fin y al cabo, no tenía ningún teléfono en el que comunicarme con él, porque no había ninguna línea segura para nosotros hasta que llegara sano y salvo.

Preso de los nervios, por fin sonó el teléfono a las doce y media. El señor Roldán podía recibirnos y yo las cogí a ambas del brazo.

—¡¡Tú estás majara, que no hemos pagado!! —exclamó Paula.

Mi cara hervía y el camarero que negaba.

—Son ustedes un poquito mayorcitas para marcarse un “simpa” no, ¿esto es un reto de esos del Facebook o qué? —Su cara de cabreo era evidente.

—No hombre, que ha sido solo un despiste. —Me disculpé como pude.

—Eso, pero nunca se despista nadie para dejar más dinero de la cuenta —se quejó.

—Cállese un poquito, anda. —Yo repetía compulsivamente golpecitos con mi pie en el suelo, mientras me sentía agobiada y acalorada por la situación.

—Eso, encima métame prisa —gruñó.

Algo menos de una hora teníamos para departir mil y un asuntos en aquella oficina y pensé que tenía que llevar la voz cantante para que la reunión no terminara en tragedia.

—No se preocupe que nos ponemos en su lugar y entendemos que es un día muy complicado para usted. Seremos breves y concisas porque tenemos la idea muy clara...

Después de cincuenta minutos de reunión todos los puntos estaban suficientemente aclarados y las chicas me miraban incrédulas.

—Todo ha salido a pedir de boca, vaya dominio de la situación, Pe, me has dejado patitiesa — comentó Paula

—Y a mí, y a mí... —añadió Lucía.

—Pues nada, ya os podéis coger un taxi que no tengo tiempo para llevaros de vuelta. —Las dejé pasmadas.

—No será verdad, tú tramas algo. —Vinieron a decir ambas al unísono.

—¡Ya os contaré! —Les chillé desde lejos y me quité los zapatos de tacón para llegar antes al coche.

Suerte que era verano porque si no, los atascos en Madrid hubieran hecho imposible avanzar en ese tiempo aquel trayecto. Dos kilómetros antes de llegar a mi destino, un pequeño accidente parecía tener parado el tráfico. No podía ser...

—¿Va para largo, agente? —le pregunté a un guardia civil que avanzaba en moto en busca de su compañero.

—No, no se preocupe, señorita. La grúa está al llegar.

¿Qué significaba “al llegar”? Yo necesitaba que llegara ya.

Quince eternos minutos tardó en hacerlo. Por desgracia, el tiempo de llegada del avión acababa de consumirse y mi cabeza era un entramado de preguntas, ¿qué pensaría cuándo no me viera?, ¿me esperaría?, ¿se movería del lugar imposibilitando nuestro encuentro? Me sacó de ese lío mental el sonido de la grúa que por fin llegaba.

A las dos y cuarto, ni un minuto más ni un minuto menos, entré frenética en el aeropuerto. Por fortuna, comprobé en el tablón correspondiente que el vuelo en el que llegaba Noel venía con retraso. Aliviada, me senté con la idea de volver a respirar con normalidad, pues estaba hiperventilando.

Cuando por fin anunciaron su llegada, no pude reprimir las lágrimas de emoción. Éramos muchas las personas allí concentradas para recoger a los nuestros y, al haber llegado tarde, yo estaba de las últimas, por lo que no dudé en dar algunos saltitos para divisarlo lo antes posible.

Como era de esperar, primero salieron aquellos pasajeros que llevaban únicamente su equipaje de mano. Pese a mis ganas de verlo, el que no estuviera entre ellos me dio a entender que Noel venía equipado para más tiempo, lo cual me alegró una barbaridad.

No obstante, la sonrisa que atravesaba mi cara de lado a lado se fue desdibujando conforme el resto de los pasajeros salieron, y me confirmaron que no quedaba ninguno más.

—No puede ser, estoy esperando a una persona que venía en ese vuelo, debe haberse extraviado a la salida —le comenté a uno de los trabajadores de la terminal.

—Créame señorita que debe haber un error. Contacte con su familiar o amigo, es probable que perdiera el vuelo.

Semejantes palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua helada. Claro que lo que hubiera hecho de inmediato de tener un número donde llamarle, pero no era el caso.

De nuevo me sentí como en el punto de partida, como la noche en la que me quedé esperándolo en el hotel de Ibiza y el más absoluto de los desasosiegos se apoderó de mí.

Por un segundo, una idea devastó mi mente. ¿Y si todo había sido fruto de un vil engaño? Yo confíe por completo en Noel la noche que vino a casa de los chicos y no puse en tela de juicio

ninguna de sus razones. Ahora bien, ¿y si solo hubiera querido ganar tiempo, quitándome de en medio para que no volviera a molestarles a él ni a su esposa? Igual eso de que era policía infiltrado y la mujer con la que no vi también, era una burda patraña. Si yo la creía, él podría trasladarse con ella a otro lugar desconocido para mí donde no volviera a dar con ambos. Al fin y al cabo, yo me quedé callada en presencia de ella y nada tendría que hacerle sospechar que entre nosotros hubo algo. ¿Estaba ante la gran mentira del siglo y yo había picado el anzuelo? Podía ser y esa idea me empezaba a consumir.

Esa era una posibilidad, pero ¿y si él había sido franco conmigo y me había dicho la verdad? Entonces algo habría salido mal y quizás Noel...

—¿Estás bien, hija? —me preguntó una señora mayor que me vio derrumbarme en un banco, hecha un mar de lágrimas.

—No, no estoy bien, pero gracias —le respondí con voz entrecortada.

—¿Es mal de amores? —Me acarició la mejilla, de lo más cariñosa—. Perdona si me meto donde no me llaman, pero he visto que esperabas a alguien y que no llegaba.

—Algo así, señora. Es todo un poco raro, ya no entiendo nada.

—Lo entiendo, Penélope —dijo sentándose a mi lado—, pero piensa que a veces las cosas no son lo que parecen.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted? —Hice ademán de levantarme de un salto y ella me retuvo.

—Cielo, no te pongas nerviosa, por favor. Solo puedo decirte que Noel está bien, reúnete con él dentro de cuarenta y ocho horas en la Torre Eiffel.

Mi estómago hizo una pirueta que podía calificarse de olímpica. Obvio que aquella mujer me traía noticias de Noel, pero ¿cabría la posibilidad de que los narcos me hubieran seguido la pista y quisieran utilizarme de señuelo para dar con él?

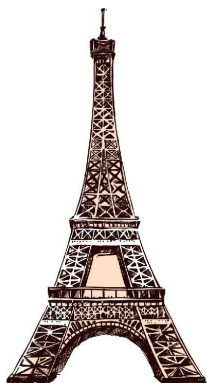
—Me está asustando, ¿cómo sé que puedo confiar en usted y en que no tienen a Noel retenido?

—Pues, a decir verdad, sí que lo tengo retenido, pero en mi corazón desde que nació. ¿Sabes? Desde que vino al mundo se reía cuando escuchaba las piezas de piano que yo tocaba cuando estaba embarazada.

—¿Es usted su madre? —La miré buscando consuelo.

—La misma que quiso que él aprendiera solfeo, con resultado nulo. Me ha pedido que te diga que le sigue gustando igual la velocidad, pero que será un placer compartirla contigo. Ahora debo irme. —Me guiñó el ojo y se esfumó.

¿Qué había sido eso? Tuve que frotarme los ojos cuando la vi perderse entre la multitud para constatar que no había soñado despierta. Allí mismo, gestioné un billete para salir dos días después rumbo a París.



## CAPÍTULO 14

Lo que no había viajado en años, lo iba a viajar aquel verano. Si nerviosa estaba antes, las últimas cuarenta y ocho horas habían sido totalmente caóticas. La aparición de aquella enigmática mujer era para mí totalmente inexplicable. ¿Por qué no habría podido venir Noel y envió a su madre? Durante el escaso minuto que estuvo sentada a mi lado, yo notaba su prisa y no quise ni pude retenerla. Se veía que todavía la situación no estaba finiquitada del todo.

Mi avión llegaría a París a media mañana. En esta ocasión no quise avisar a Jessica ni a los chicos para no ponerlos en antecedentes de lo que estaba pasando, por lo que tendría que agenciármelas sola.

Avanzar en taxi por las calles de París, pensando que por fin iba a encontrarme en poco rato con Noel, superaba todas mis expectativas. El francés de mis amores había logrado que yo tuviera el alma en vilo en las últimas semanas, hasta el punto de que incluso había adelgazado varios kilos.

Llegué a la Torre Eiffel un par de horas antes de lo convenido. Según las palabras de su madre, él debería estar allí a las dos de la tarde. Ni que decir tiene que la aparición de la buena señora, que me pareció de lo más elegante y distinguida, había sido providencial. Incluso, cuando me convencí de que era ella, reconocí en su rostro los mismos ojos azules de su hijo.

Su llegada dio al traste con aquella teoría que acababa a aflorar a mi mente de que Noel hubiera hecho una maniobra teatral para apartarme de su vida.

Encontré en el sol parisino que lucía aquella espléndida mañana mi mejor aliado y que lo hiciera justo encima de la dama de hierro era todo un privilegio. Ante tan icónico monumento volví a desear que el reloj se adelantara y, mientras este se decidía o no a hacerlo, me dispuse a dar un paseo por los alrededores.

En los Campos de Marte, repletos como estaban de turistas, obtuve algunas maravillosas instantáneas del icono de París por antonomasia, y comprobé cómo las parejas daban buena cuenta de sus románticos picnics sentadas relajadamente.

En ese instante reparé en que los nervios que se agolpaban aquella mañana en mi estómago no me habían dejado ni desayunar, por lo que saqué de mi bolso, que llevaba en bandolera, un delicioso snack de chocolate que había pillado en el aeropuerto y me senté entre la multitud a comérmelo.

Paseo para arriba y paseo para abajo, el reloj tuvo a bien marcar las dos de la tarde, y mis piernas temblaban como una hoja cuando noté que el sol se convirtió en súbita oscuridad, al tapar mis ojos con sus manos.

—No digas ni una palabra, preciosa. —¡Era su voz! Sus piernas empujaban a las mías para que avanzaran en la dirección que él me indicaba.

Sentí calor y una multitud que se agolpaba antes de que la sensación de ir subiendo me indicara en qué dirección íbamos.

—¿Noel? —murmuré con un subidón indescriptible.

—¿Confías en mí? No los abras por favor —me susurró en el oído erizando hasta el último poro de mi piel.

—Confío. —Ya me había demostrado con creces que no existía ningún motivo para que no lo hiciera.

Cuando el ascensor se abrió, yo seguí caminando con los ojos tapados y con Noel a mis espaldas.

—Ya puedes abrirlos —dijo con voz contundente mientras el aire refrescaba mi rostro.

Los abrí con emoción contenida y dejé que dieran permiso a las lágrimas que pugnaban por salir de ellos, cuando me di la vuelta.

—¡¡¡Noel!!! —Lo abracé todo lo fuerte que pude.

—¡¡¡Pe, mi niña!!! Por fin te tengo. —No debía creer en aquello de que los chicos no lloran, porque también abrió el grifo, pero bien.

Guapísimo y magullado, así lo encontré. En cualquier caso, la espectacular sonrisa con la que me obsequió me hizo pensar en que todo iba bien.

—¿Qué te ha pasado, cariño? —le pregunté acariciando algunos de sus moretones.

—No es nada, gajes del oficio, preciosa. No te pierdas esto. —Cogiéndome por la cintura, volvió a situarse tras de mí y me invitó a que presenciara París desde aquel mirador perfecto desde el que divisar sus múltiples maravillas.

—Jamás en mi vida he visto nada más bonito —murmuré sin querer romper la magia de ese momento.

—Ni yo, tu sonrisa es única. —Logró que me derritiera, iban a tener que recogerme con una cucharilla.

El día estaba despejado y, como si nada nos hubiera separado en las últimas semanas él empezó a indicarme dónde estaban la Catedral de *Notre Dame*, la cúpula dorada de Los Inválidos, el Sagrado Corazón, la Defensa o los jardines del Trocadero, entre otros...

—Sensacional, pero ¿tú no tienes nada más que contarme? — Me di la vuelta y mis labios fueron a encontrarse con los suyos. Al rozarlos, supe que los suyos eran los únicos labios a los que deseaba besar y su dueño el hombre con el que lampaba por compartir todo lo que la vida quisiera depararme.

—Igual algo. —Volteó los ojos con gracia.

—Me morí de miedo, ¿sabes? Y cuando vi que no llegabas en el avión, ¡pensé que te había perdido para siempre! Bueno, pensé muchas cosas, unas malas y otras peores...

—Espero que mi madre te sacara pronto de dudas...

—¿Qué pasó? Todavía no acierto a entenderlo...

—Las cosas se pusieron feas una noche después de que fuera a visitarte, Pe. Estuvieron a punto de descubrirme y tuvimos que extremar las medidas de precaución.

—¿Una noche después? —Apenas podía mover las piernas de la impresión.

—Sí, justo, ¿por qué?

—Yo lo soñé, Noel. Soñé que te estaban cercando justo esa noche. No he podido dormir ni una sola del tirón desde entonces...

—Pues más que un sueño, era una visión, mi niña. Al final las cosas se alargaron un poco más de lo previsto, incluido un par de últimos días de hospital que no he podido evitar.

—¿De hospital? Expílicate, ¿estás bien?

—Bueno aparte de que es evidente que estoy hecho un Cristo —señaló a todos sus moretones—, tengo un par de costillas fisuradas que me han dado algo de lata.

—Te metiste en un fregado bueno, ¿no es eso?

—Un poco, no lo voy a negar. Pero ya todo pasó, la banda al completo ha sido detenida y va a ser procesada. ¿Sabes? Es la primera vez que me encuentro en paz conmigo mismo desde que Travis murió.

—Lo entiendo, pero si quieres que yo también recupere la paz perdida, dime por favor que vas a dejar ese mundo.

—¿Cómo? No puedes pedirme eso, Pe, es mi vida. Tienes que entenderlo, ya estamos pensando en la próxima y...

—¿¿Cómo?? —Sofocación máxima en mi rostro.

—¡Es broma, es broma! —Levantó los brazos antes de que le zurrara.

—¿Lo dejas del todo? Dime que sí, por favor.

—Del todo, tenía un cometido que cumplir y ya lo he hecho. No puedo negarte que he estado a punto de perder la vida, y eso no me apetece para nada. Voy a dejar esta profesión, lo tengo decidido. Ya te contaré...

Bajamos de la mítica torre cogidos de la mano. Por fin se había cumplido mi sueño de subir con él, mientras París quedara a nuestros pies.

—¿Cuántos días te quedas? —me preguntó mientras me besaba el lóbulo de la oreja.

—Tres, tengo una reunión en cuatro días en Madrid. Pero solo si me prometes que te vienes conmigo.

—Solo si me prometes tú que después de esa reunión te vienes conmigo dos semanas a mi casa de Ibiza; me las debes y lo sabes...

¿Se podía ser más feliz? Yo lo dudaba mucho, esa era la realidad. A ojos de todo mi entorno, yo me había ausentado de Madrid unos días para concertar unas entrevistas con distintos proveedores. Paula y Lucía, que estaban cada día más entusiasmadas con el negocio, se habían quedado al cargo de él mientras.

—De acuerdo, me tienes que dejar unas horas para trabajar cada día y después seré toda tuya en la isla.

—Suenan genial, lo de ser toda mía, digo...

Juntos y felices, nos dispusimos a dar un paseo por la arteria más bella de París, los Campos Elíseos. Yo solo portaba una pequeña mochila con lo básico para unos días, por lo que nada nos impedía que disfrutáramos de aquello que tanto habíamos ansiado; poder recorrer juntos la ciudad que le vio nacer.

Mientras atravesábamos la Plaza de la Concordia, me detuve para tomarnos unos selfis.

—¡Ya no tienes excusas, sonríe! —le ordené al mismo tiempo que captaba nuestra primera instantánea juntos.

—Es verdad, ya no tengo excusa, ahora solo tengo moretones.

—Tú estás guapo de todos los colores —le dije pensando que aquellos moretones me dolían a

mí más que a él.

—Sí, pero la idea es ser de uno solo, que yo ahora parezco un traje de flamenca de esos de lunares.

En honor a la verdad, el cuerpo de Noel reflejaba los difíciles momentos por los que había atravesado; unos momentos que por fin habían quedado atrás.

—¿Ya no vives en pijolandia, entonces? —Me interesé por saber dónde nos íbamos a quedar.

—No, no, a mí las cosas no me van mal, pero obvio que no para vivir allí. Mi buhardilla está en *Le Marais*, creo que te encantará, tiene mucha vida, es muy cosmopolita y, sobre todo, está muy centrado en la moda; por lo que puede hacer las delicias de cierta señorita que yo conozco.

—O sea, que es guay para ir de compras...

—Para eso es el mejor barrio, no te quepa duda...

—Genial entonces. Oye estás un poco más delgado, ¡toca comer!

—Tú también, te lo iba a decir, siento si tengo algo que ver en eso...

—Algo tienes, algo. Más vale que lleguemos los dos un poco más repuestos a Madrid o mi madre nos va a poner finos.

—¡Tu madre! No quiero saber lo que me va a decir cuando se entere de todo esto.

—Tú ve comprándote taponos para los oídos por si acaso, anda...

—Oye, todavía les debo una barbacoa...

—Sí, sí, pero esa puede esperar para el verano que viene, no la animes tanto. Oye, sin embargo, yo a mi suegra sí que quiero ir a conocerla como es debido...

—Nos espera esta tarde. ¿Sabes? Me comentó que le causaste una grata impresión.

—¿Sí? Pues mira que me pilló llorando a moco tendido.

—¿Llorabas por mí? —Me envolvió para regalo una de sus sonrisas de medio lado de esas irresistibles.

—Bueno, pero solo un poco, ¿eh? Tampoco te me vayas a poner ahora muy ancho...

—Te lo compensaré, te lo prometo...

—Más te vale. Y si se te ocurre alguna vez volver a hacer algo semejante, será mejor que desaparezcas de verdad; te va a traer más cuenta, hazme caso.

—Nunca más, como decís vosotros, palabrita del Niño Jesús. —Sacó mi sonrisa, no tenía arreglo.

El primero de aquellos días en París nos sirvió para corroborar lo que ambos ya sospechábamos, que nuestros corazones comenzaban a latir en sintonía.

Aquella tarde Nicole, que así se llamaba su madre, y yo, por fin pudimos presentarnos en condiciones. También conocí a su marido y padre de Noel, Jean Paul, un hombre que aparentaba haber sido en el pasado tan atractivo como su hijo.

—Nos han dado sus bendiciones —bromeó él al salir.

—¿Eso quiere decir que les he caído bien? —Me interesaba conocer aquello de la primera impresión.

—Bien, no, sensacional. Aunque si te digo la verdad, desde vuestro encuentro en Madrid, yo ya sabía que tenías a mi madre metida en el bolsillo.

—Pues mejor así, que yo para sustos de suegras de esas de intrigas ocultas de telenovelas, como que no estoy...

—Nada de eso, mi madre es muy moderna y cercana, ni monta en escoba ni nada —bromeó mientras abría la puerta de su casa.





## CAPÍTULO 15

Amanecer con Noel y con la tranquilidad de que las dificultades que nos habían separado eran ya cosa del pasado, fue el mejor regalo con el que pudo obsequiarme París aquella preciosa y veraniega mañana.

—He dormido como un bebé. —Me abrazó con ansia.

—Y yo, ni rastro de pesadillas ni de malos rollos.

Abrazados, así habíamos pasado una noche que comenzó con apasionados besos, pero hasta ahí. Y es que, por mucho que nos deseáramos, lo que más necesitábamos Noel y yo en aquella cama fueron los intensos besos y caricias que nos prodigamos sin prisa ninguna hasta que el sueño nos rindió, mientras nos dedicábamos una amplia sonrisa el uno al otro.

—Hoy quiero llevarte a almorzar a uno de mis restaurantes favoritos —me anunció entre arrumacos—. Creo que también va a gustarte...

—Ni la mitad de lo que me gustas tú, eso seguro...

—¿Yo te gusto? —Interpreté su mordida de labio como una declaración formal de guerra.

Y guerra fue la que tuvimos. ¡Menos mal que tenía dos costillas fisuradas! En manos de Noel me sentí como una muñequita, pero, al sentirlo en mi interior, sacó mi parte más femenina; haciéndome sentir mujer de la manera más romántica y hechizante que jamás hubiera imaginado.

—¿Estás bien? —me preguntó tras vaciarse en mí.

—No he estado mejor en mi vida. —Lo besé con tal pasión que por fuerza tuvo que representar el preludio del siguiente asalto.

Después de aquel festival amatorio y, antes de ir a almorzar, yo sentía que debía una visita a ciertos amigos.

—¿Qué haces tú aquí? —Jessica abrió tanto los ojos que parecía un dibujo manga.

—Pues nada, que pasaba por aquí...

—¡Chicos, tenemos visita! No os lo vais a creer...

—No he venido sola, espero que no os moleste...

—¿Y con quién se supone que...?

—Noel, sal ya, no te hagas de rogar. —Reí.

—¡Hola! Soy...

—Ya sabemos quién eres, pero ¿tú no estabas casado, casadísimo?

Entramos y los pusimos al día.

—Joder, ¿y dices entonces que eres de la pasma? Pe, esto se avisa antes —dijo riéndose Jessica, mirando la mesa sobre la que tenían el “aliño” de sus cigarrillos...

—Yo no he visto nada, estoy aquí de incógnito. —Se hizo el tonto Noel.

—Ya decía yo que aquella noche me olía a perfume de hombre distinto al de estos dos, menuda nariz que tengo yo.

—Sí, lo tuyo con la napia no tiene nombre, guapa. Cualquiera te la da...

—No, no, te digo yo que había valido para sabuesa...

Bromas aparte, los chicos alucinaron con nuestra historia.

—Es de guion de peli de suspense —dijo Rodrigo, que la escuchó con máximo interés.

—Tengo que reconocer que esta vez pensé mal, pero es que la cosa no pintaba muy bien —observó Álex.

—¿Por esta vez, vas a decir? Si tú eres un cenizo con título y todo, que como lo tuyo se pegue vamos listos... —Nos hizo reír Jessica.

Ellos también tenían buenas noticias, cosa que me alegró sobremanera. Y es que la exposición en la que habían participado había sido acogida con gran éxito y las perspectivas eran bastante halagüeñas.

—Ala, pues no perdáis más tiempo, ahora que el día que tengáis niños y esas cosas nos avisáis, ¿eh? —bromeó Jessica.

—Sí, sí, yo el día que tenga nietos les contaré vuestra historia —añadió Rodrigo.

—Oye, lo de tus nietos no vendrá por mi parte, ¿no? Porque entonces ya puedes esperar sentado, hermoso —le advirtió Jessica.

—No, no, desde luego, que esto iba a ser el lío del Monte Pío —concluyó Álex.

—Es un poco complicado de explicar —le comenté a Noel, quien los miraba extrañado.

—Vale, vale, ya lo voy captando. Pues nada, cada uno vive el amor como mejor le plazca...

Nos despedimos de los chicos con la promesa de seguir en contacto y nos fuimos a almorzar.

—¿Qué te parece el sitio? —me preguntó Noel cuando estuvimos en la terraza de aquel magnífico restaurante desde la que también se divisaba buena parte de París.

—Pues que a tu señal salimos corriendo porque la cuenta debe ser de órdago —le respondí.

—Olvídate de eso y disfruta, ¿o no nos lo hemos merecido?

—Sí, sí, si yo no te digo que no. Pero cuando te embarguen la buhardilla no digas que no te lo advertí.

Inmensamente feliz, más que nunca en mi vida, así estaba yo y no porque estuviéramos en uno de esos restaurantes que coleccionan estrellas Michelin como rosquillas. Y es que, a decir verdad, yo en “la ciudad del amor” me sentía dichosa con mi chico en cualquier rincón.

A media tarde nos dirigimos a Montmartre, el lugar donde me había parecido verlo semanas atrás y no iba desencaminada.

—¿Por qué tienes tanto interés en volver por allí? —Él no me quitaba ojo de encima mientras iba ascendiendo por sus empinadas cuestas.

—Porque quiero un retrato de esos que te hacen los pintores sobre la marcha.

Un rato después, tras posar muertos de risa, nos llevábamos enrollado un precioso retrato, en el que aquel fabuloso artista callejero supo captar toda la esencia del increíble momento que mi chico y yo estábamos viviendo.

—¿Contenta? —me preguntó mientras contemplábamos uno de los atardeceres más bonitos que había visto jamás.

—Ahora más. —Lo besé mientras immortalizaba el momento con mi cámara y se reflejaban los últimos rayos de un sol que se resistía a abandonarnos por completo.

Un momento irrepetible en el que vi la vida en rosa y que tuvo como broche de oro el “*je t’aime*” que Noel depositó en mi oído y que causó mi total estremecimiento.

—Tú estás seguro de lo que dices, ¿no? Mira que luego la cosa no va a tener remedio. —Lo besé hasta que el sol nos abandonó del todo.

Horas después, tras amarnos con frenesí durante buena parte de la noche, amanecimos en nuestro tercer y último día en París.

—¿De verdad que esto es lo que te recomendó el médico para reponerte? —Ya volvíamos a fundirnos el uno con el otro, con nuestras miradas tan enlazadas como nuestras lenguas.

—Sí, sí, mucho amor, eso fue lo que me recomendó. —Seguía besándome como si no hubiera un mañana.

—Hoy toca ir de compras, no creas que te vas a librar. —Ahí llevaba la amenaza.

—Ya estábamos tardando...

—¿Lo dices de verdad o solo es para ganar puntos? —Enarqué las cejas.

—De verdad, no es por nada, pero ya te he dicho que este barrio es único para eso.

Y no se equivocaba. Disfruté como una enana por aquel enorme vecindario, del que se decía que era el más alegre y divertido de todo París.

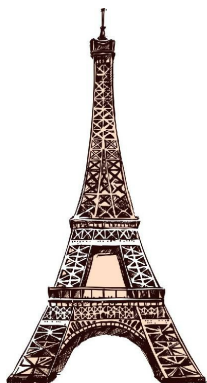
Caminar por sus calles, sentarnos en una de aquellas terrazas llenas a rebosar y descubrir sus tiendas exclusivas, fue toda una experiencia. Y es que allí se daban la mano grandes firmas francesas con pequeñas tiendas personalizadas que me recordaban a la mía, aunque mi formato fuera online.

Durante horas, estuvimos recorriendo el gran almacén *Le BHV Marais*, la moderna *Zadig & Voltaire*, la vanguardista *Merci*, la femenina *Les Petites* o la elegante y sofisticada *Karen Millen*.

—Muerdo de cansancio. —Me repanchingué rodeada de bolsas en aquella cucada de terraza y comprobé porque también se dice que París es “la ciudad de la luz”, pues la luminosidad del día no tenía parangón.

—Pues reponte que no podemos irnos de París sin darnos esta tarde un paseo por el río Sena, preciosa.

Tenía razón. Hubiera sido imperdonable, de modo que después de pasar por su buhardilla y soltar todas aquellas bolsas, dedicamos nuestra última tarde en París a dar el más romántico y dorado de los paseos, que coronamos con un inolvidable recorrido en barco por el Sena al anochecer; viendo un París iluminado en el que Noel y yo derrochamos pasión.



## CAPÍTULO 16

—¡Mamá, ya estoy de vuelta! —le dije mientras entraba por su casa.

—Miguel, ya está aquí la niña, que se nos ha hecho toda una empresaria, dile a Santi que se deje ya de chocheras y que salga de su cuarto a ver a su hermana.

—Mamá, ya te he escuchado y no son chocheras, estoy haciendo un curso MOOC de cómo rentabilizar el tiempo de estudio.

—Niño, ¿qué te ha pasado en la boca? Qué cositas más raras dices.

Contuve la risa mientras Noel esperaba en las escaleras.

—Mamá y si te dijera que lo de que Noel estaba casado solo era un parapeto porque en realidad era un policía infiltrado que estaba persiguiendo a una banda de narcos muy importante, ¿tú qué me dirías?

—Que has visto muchas películas, hija...

Sí, no voy a negarlo, a partir de ese comentario nos costó como un par de horas y mucha, mucha paciencia por parte de Noel, que mis padres creyeran su versión.

—Muchacho, sí que vienes hecho un cromo, pero eso también puede haber sido tu mujer a sartenazos cuando se haya enterado de que has tenido un *affaire* con la niña.

—Mamá es una teoría muy buena, pero esta vez te has colado. —Reí con ganas.

—Miguel, que parece que es cierto lo que nos están costando, qué emocionante, yo necesito también que me pase algo así en la vida —suspiró a tontas y a locas, como ella decía las cosas.

—¿Tú necesitas que yo me ponga a perseguir quinquis y que nos demos palos hasta en el cielo de la boca? Pues sí que voy a tener yo una jubilación tranquila, con lo a gusto que estoy en el parque jugando al dominó con mis amigos...

—Así no se conquista a una mujer para siempre, te lo advierto, las mujeres necesitamos admirar a nuestras parejas...

—Y los hombres, y los hombres, pero vamos que lo de jugar a James Bond a mi edad no venía en la letra pequeña del contrato, Amelia —se quejó.

Mis padres eran como Faemino y Cansado, pero el cansado era él, que mi madre agotaba al más pintado...

Noel se rio muchísimo con ellos para no variar y Santi estaba de lo más interesado en los pocos detalles que él podía darnos sobre la operación, porque el resto pertenecía al secreto del

sumario.

Y mejor así, porque solo ver el aspecto de mi chico para saber que él en acción debía dar hostias como panes, de modo que si también se había llevado unas cuantas sería porque los otros no eran precisamente mancos.

—Bueno, bueno, parece que estás diciendo la verdad, pero vamos que sepas que Miguel y yo te vamos a tener a prueba, que la niña se ha quedado en los huesos por tu culpa, ladrón. —Ya mi madre había aflojado y volvía a vérselo el plumero con Noel.

—Chaval, bienvenido a la familia, pero córtate ya la coleta que un padre lo que quiere es que su hija tenga una vida tranquila.

—Pierde cuidado que pienso hacerlo, por nada en el mundo permitiría que tu hija estuviera en peligro por mi culpa, Miguel.

—Ah, eso desde luego, y otra cosa te voy a decir; este verano vamos ya a dejarlo estar, pero el que viene nos tienes que invitar una semana entera a tu casa, que para eso vamos a ser familia... —le espetó mi madre.

—¡Mamá! — Noté mis mejillas arder tanto como mis orejas—, que me lo vas a espantar, que de eso no hemos hablado nada...

Me refería a lo de ser familia, que obvio que yo a mi francés no lo soltaba ni con agua caliente y que, sin necesidad de planear nada, íbamos a comenzar una nueva y fantástica vida juntos; pero que mi madre iba muy rápida y ya le veía yo al pobre la soga al cuello...

—¿Y qué si no lo hemos hablado, preciosa? Amelia, que tengas muy claro que yo voy a hacer todos los méritos para que esta preciosidad algún día quiera casarse conmigo.

Lo miré pensando que no podía ser verdad y, que, si en algún momento de su vida me lo pedía, probablemente hiperventilara antes de poder contestarle, pero esa sería otra historia.

—¡Mamá, el cubo de potar! —exclamó mi hermano, para quien el romanticismo era una especie de mal a erradicar.

—¡Miguel, mira qué bonito lo que le ha dicho Noel a la niña! Yo también quiero volver a casarme.

—Pero mujer, si a los treinta años de casados que vamos a hacer tú y yo no hay bodas de plata, ni de oro, ni de ningún metal, Amelia.

—¡Pues te la inventas o quiero el divorcio! ¿Me he explicado?

—Como un libro abierto, Amelia. —Miramos todos a mi padre que tenía la paciencia de Jobs y que se encogió de hombros.

Un par de días después, Noel y yo aterrizábamos en Ibiza. Él ya conocía a todo mi entorno, pues lógicamente también se lo presenté a Paula y a Lucía, quienes entendieron el porqué de mi incomprensible actuación en algunos momentos.

En *petit comité*, las chicas me dijeron que Noel era un bombón que merecía ser degustado con tiempo y que nos habíamos ganado a pulso unos días de asueto. La última reunión que celebramos había dado sus frutos y parecía que la expansión de la marca era ya un hecho consumado, por lo que a partir de septiembre existía la posibilidad de que incluso tuviéramos que contratar a bastante más personal.

—Bueno, bueno, a este paso te veo en la portada de la revista Forbes de negocios —bromeó Noel después de que recibiera la llamada de las chicas confirmándome ese extremo.

—Ya será menos, yo lo que quiero es algo rentable que me permita disfrutar de la vida sin complicaciones con mi chico. —Seguí entregándome a mi afición favorita, la de hacernos mimos y arrumacos matutinos que solían comenzar de lo más suave y terminar de lo más salvaje.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Yo, vivir de ti —bromeó, acariciando mi pelo.

—¿Y entonces?

—Estaba pensando en montar una empresa de coches de lujo, ¿cómo lo ves?

—Pero eso no debe ser precisamente barato —observé.

—Digamos que no demasiado y digamos también que mis padres nos guardaron a mi hermano y a mí un fondo de lo que nos dejó mi abuelo que no nos dieron en su día. Por desgracia, dado que mi hermano no puede percibir la suya, ellos quieren traspasarme las dos partes. Y como Travis era un forofó de los coches, creo que es el mejor homenaje que puedo hacerle.

Me resultó conmovedor, aparte de una idea sensacional.

—Tu hermano estaría muy orgulloso.

—Gracias, bonita. Y a ti, ¿qué te parecería vivir a caballo entre París, Ibiza y Madrid? Estoy seguro de que podríamos compaginarlo todo, si nos rodeamos del equipo adecuado.

—Vaya, qué mala vida, son tres sitios que ni fu ni fa, pero igual, si hago un esfuerquito, igual podría llegar hasta a acostumbrarme —le confesé hipnotizada por tan imprevista propuesta.

—Bueno, al menos hasta que lleguen los niños, que luego esas cosas se complican...

—¿De qué niños hablas? —pregunté riendo. Cada vez me dejaba más alucinada la parsimonia con la que soltaba esas cosas.

—De los nuestros —confesó como si tal cosa.

—¿Pero tú esas cosas las dices de verdad o solo es un truco para enamorarme más todavía? —Se me caía la baba con él.

—Son de verdad y, si de paso sirve para eso, bienvenido. Yo ya no puedo enamorarme más, he llegado al tope...

—¿Al tope en pocas semanas? Eso no te lo has creído ni tú, yo te voy a enseñar lo que es enamorarte.

—¿Y si empiezas ahora? —Me cogió por la cintura en señal de que había ganas de jarana...

—Venga, voy a hacer un sacrificio, todo sea por el amor... —Me perdí entre las sábanas.



## EPÍLOGO

*Un año después*

—¡Ya han llegado los chicos! —exclamó Noel.

—¡Entonces por fin estamos todos! —Respiré tranquila.

Recién llegados desde París, Jessica, Rodrigo y Álex entraron en la mansión que habíamos alquilado en Ibiza para esos días. Y es que nuestra casa no podía acoger a tanta gente, que para eso también acababan de entrar Paula y Lucía con sus chicos. Sí, porque mis amigas se habían emparejado durante ese año; Paula con uno de nuestros proveedores, Sergio, y Lucía con Camilo, un modelo que había conocido en Milán durante un desfile al que asistimos las tres. Y sobra decir que ya estaban allí mis padres y hermano, así como los de Noel.

¿Cómo habíamos llegado a aquel punto? Muy sencillo. Durante las Navidades, parte de las cuales pasamos en París, Noel decidió que eso de estar demasiado tiempo acumulando méritos para pedir mi mano no iba con él. Reparé en ello cuando, nuevamente en la planta superior de la Torre Eiffel, como el día en el que nos reunimos por primera vez; sacó una delicada cajita que guardaba una impresionante sortija familiar, que había pertenecido a su abuela, con la que me pidió matrimonio. Lo hizo con una sonrisa fascinante a la que correspondí con otra espléndida, mientras saltaba y chillaba un “sí, quiero” que debió resonar en todo París.

Él me dijo que, de seguir dando aquellos saltos, iba a generar un conflicto internacional, al tirar la torre abajo. En cuanto a mí, me daban igual las consecuencias, pues aquellos seis últimos meses me habían servido para constatar que Noel era el hombre con el que deseaba compartir todo aquello que la vida quisiera brindarme.

¡Cómo para no! Y es que, si bonito era por fuera, más bonito era el que iba a convertirse en mi marido por dentro. Mimada, querida, protegida... Todo lo que diga es poco. Así me sentía cada vez que se deshacía en atenciones hacia mí, esto es, todo el día.

A pesar de que nuestra vida se desarrollaba a caballo entre las tres ciudades, en París teníamos nuestro cuartel general. Desde allí yo trabajaba codo con codo con mis chicas vía Internet y, como era previsible, el negocio se había ampliado y ya contábamos con diez empleados.

Por su parte, en esa misma ciudad era donde Noel había abierto las puertas de su negocio de coches de lujo, si bien planeaba inaugurar pronto una sucursal en Ibiza y otra en Madrid.

Y dado que la romántica pedida de mano se produjo en “la ciudad de la luz”, ambos elegimos

la Isla Blanca para convertirnos en marido y mujer. Así, también aquellos recuerdos únicos quedarían divididos entre los lugares donde teníamos parte de nuestro corazón.

Cien por cien ilusionados, Noel y yo queríamos que nuestra apenas veintena de invitados pudieran alojarse con nosotros desde el día antes, y es que los asistentes serían los que ya he mencionado y unos cuantos familiares y amigos más, entre los que no faltaron su ex, Margot, con el pequeño Remi. No necesitábamos una boda multitudinaria, sino una íntima en la que tuvieran presencia nuestros seres más queridos.

—Chiquilla, ¿tú qué tienes en el pelo? —le preguntó mi madre a Jessica y su prima Paula se murió de risa.

—Señora, son rastas, ¿no le gustan? —le preguntó ella.

—Hija mía, ¡qué maraña! ¿Así te vas a presentar en la boda de mi hija? —La miró como a un bicho raro.

—Mamá, ¿qué le estás diciendo a Jessica? Que te conozco y me entra el tembleque...

—Nada, hija, que tiene unos pelos muy originales... —Disimuló como pudo. Estaba de los nervios y esa era la gota que colmaba el vaso para que se disparara.

—Sí, me encantan —añadió Nicole, mi suegra, quien había hecho unas migas estupendas con mi madre, y se moría de risa con todo lo que ella soltaba por la boca.

—¿Dices que te gustan esos pelos? Pues vamos, como a esta chiquilla se le cuele un piojillo en esa cabeza de loca que tiene, a ver quién es el guapo que lo saca de ahí.

—Anda ya, mujer, si las rastas son un icono, un símbolo... —le comentó Nicole.

—¿Un símbolo? —le preguntó mi madre un tanto extrañada.

—Sí, mujer de los rastafaris, ya sabes, como Bob Marley...

—Huy tú eres muy moderna, pero eso tiene que oler mal, ¿no? —Se acercó a Jessica y la olfateó ante mi estupor.

—Señora, que yo vengo muy limpita, ¿qué está insinuando? Ay, madre mía, que me voy a fumar un cigarrito de esos fuera. —Menos mal que ella se lo echaba todo a la espalda.

—¿Niña? Pero esos cigarritos no tendrán premio, ¿no?

—Claro que no, mujer, son inofensivos. —Se la quitó de encima.

¡Vaya mezcla que había allí! A un día del gran acontecimiento, la casa era un hervidero que tenía como colofón el sonido del piano que Nicole estaba probando, pues ella sería la encargada de poner la nota musical a la ceremonia en la que Noel y yo uniríamos nuestras vidas para siempre.

—Hermanita, ¿de verdad crees que esta ha sido buena idea? —Me dio un abrazo mi hermano, que seguía con su guasita habitual.

—¿Tú no tienes que ir a estudiar nada, majo? O mejor, juega un poquito con el niño —señalé a Remi—, que ya verás la sorpresa que te vas a llevar si lo retas al ajedrez.

Emparejé a los dos cerebritos de la casa para que se distrajeran.

—Esto es un caos, pero un caos estupendo que no cambiaría por ningún otro, ¿sabes? —Me abrazó Noel, a quien le encantaba el tinglado que teníamos formado allí.

—Sí, sí, mi madre ha alucinado cuando ha visto a los chicos. Oye, ¿y mi padre?

—Creo que ha salido con ellos, están en el jardín.

Temiéndome lo peor, salí a buscarlo.

—¡¡Papá!! —exclamé cuando lo vi dando una calada a uno de aquellos cigarritos.

—¿Qué pasa hija? Si tú ya sabes que yo dejé de fumar, que buena es tu madre, pero por uno que me fume un día no me va a pasar nada. —A mi padre se le iba la pinza.



—Pero papá, que ese no es un cigarrillo normal, ¿no te has dado cuenta?

—Ah, ¿pero tu padre no lo sabía? Yo qué sé, me ha pedido uno y se lo he dado —me comentó Jessica en el sumun de la tranquilidad.

—Pero chiquilla, que me vas a dejar al padrino lelo, ya verás tú...

—Ay, que me estoy mareando. —Mi padre comenzó a sugestionarse o eso creía yo.

—Oye lo mismo le da un poco de reacción, que cargaditos sí que van. —Álex y Rodrigo se acercaron a aguantarlo, porque se quedó un poco lacio.

—No le vayas a decir nada a tu madre, Penélope, por Dios, que me va a dar la boda.

—Yo no digo nada, papá, y tú no vuelvas a fumar más, por lo que más quieras. —Miré a los chicos queriendo hacerlos picadillo.

—Anda tonta, ya verás el puntito tan gracioso que coge en cuanto se le pase el mareillo... —repuso Jessica.

—¿Puntito? El puntazo os voy a dar yo a vosotros. —Me reí y pedí al cielo que la cosa no fuera a más.

—Amelia, si me muero, que sepas que te quiero mucho. —Mi padre la abrazó en cuanto se la encontró en la casa.

—Pero ¿qué le ha entrado a este hombre? Miguel tú estás muy raro...

—Mamá, que está bien, se le habrá bajado un poco la tensión.

—Santi, hijo ven, que veo a tu padre extraño...

—Nada, mamá, que hace mucho calor, seguro que ha sido eso. —Mi hermano me guiñó el ojo conteniendo la risa, pues se había percatado del asunto.

—Miguel, pues si no estás muy católico, acuéstate un ratito, que aquí hay mucho que preparar, no me vayas a dar la brasa.

—Vale Amelia, pero que yo me quiero casar otra vez contigo, como tú dijiste. —Lo que hubiera fumado debía ser muy puro porque se le había subido a tope a la cabeza.

—Mira qué bien, pues te tomo la palabra. Hija, el año que viene estamos otra vez de boda.

—¿Qué le ha pasado a tu padre? —me preguntó un poco preocupado Noel.

—Nada, amor, ven y calla. —Lo cogí por la camiseta y nos dimos un besazo de película.

—¡Que nos vais a salpicar! —chillaron Paula y Lucía, que tampoco se separaban de sus chicos, enamoradísimas como estaban.

—Hay que hacer algo esta tarde, que mi madre va cuesta abajo y sin frenos con los nervios y, pese a lo que ella diga, aquí ya está todo más que listo para mañana —le sugerí a Noel.

—Esta tarde nos vamos todos por ahí de marcha y quemamos Ibiza.

—¿He escuchado marcha? ¡Me apunto! —Allá estaba ella deseosa de unirse a lo que fuera, así se tratase de un bombardeo.

—¿Ves? El cuerpo de mi suegra pide salsa. —Comenzó él a bailar con mi madre que le seguía el ritmo como nadie.

—¿Qué te ha dicho mi madre mientras bailabais? Mira que la conozco y no me fio de ella ni un pelo.

—Dice que a ella le parece muy bien que seamos muy modernos, pero que como me coja echándole una sola mirada a Margot, me capa. —Rio él con ganas.

—¡No puedo con ella! Es mortal...

A mi madre eso de que la ex de Noel, de la que yo me había hecho muy amiga, anduviera por allí, como que le chirriaba tela. Y claro, ella si no hablaba, reventaba...

La tarde pasó en un suspiro y, después de cenar, tomamos unos cócteles en una de las terrazas

más animadas de Ibiza; a modo de despedida de solteros, porque ni Noel ni yo éramos demasiado convencionales y no la habíamos celebrado.

—¿Puedes creer que mañana nos casemos? —me preguntó, tan enérgico que no sabía si era uno o eran dos, cuando nos metimos en la cama.

—Puedo, puedo... Y tú estás hecho un manojo de nervios, se me ocurre algo para tranquilizarte. —Me deslicé bajo las sábanas,

En la cama los dos reflejábamos lo que era nuestra vida, una especie de constante carnaval en el que la alegría, las risas y el amor eran los protagonistas. Vivir con él se había convertido en toda una aventura por la que ambos habíamos desarrollado una brutal adicción.

El festival amatorio de nuestra última noche de solteros dio paso a un reparador sueño, tras el que comprobamos con gusto que amanecía un precioso y soleado día.

Vestirme de novia rodeada de todas mis chicas preferidas fue algo que nunca olvidaré. Cada una de ellas puso una nota de dicha y color a un arreglo que terminó siendo todo un ritual.

El chillido de Paula y Lucía cuando me abrocharon el último de los botones alertó a los chicos de que ya estábamos listas. Y es que ellas, junto con Margot y Jessica, eran mis damas de honor.

—Muchacha, todavía me da tiempo a arreglarte el pelo si tú quieres —le decía mi padre a Jessica conforme avanzábamos hacia el jardín.

—Ay Dios, ¡que perra le ha dado a tu madre con mi cabeza! —Todas mis damas iban de blanco, que para eso la nuestra era una boda ibicenca, pero con su estilo propio. Y lógico que el de Jessica era el más informal de todos.

El comentario de mi madre hizo que las cinco apareciéramos por el jardín riendo, una risa que se transformó en serena sonrisa cuando a vi a un guapísimo Noel esperándome en el romántico altar que nuestra *wedding planner*, Verónica, nos había preparado.

Todo estaba listo en la playa, a la que se accedía directamente desde la casa. Con el sonido del piano de Nicole al fondo, me enganché del brazo de mi padre hasta alcanzar aquel camino de madera meticulosamente adornado, a través del cual accedería a mi chico.

Durante los aproximadamente dos minutos que estuvimos esperando el final de la pieza musical de Nicole y su llegada a la playa para ejercer de madrina de su hijo, Noel cogió mi mano.

—Quisiera expresar con palabras lo increíble que estás, pero, sabes que eso no es posible, ¿verdad? —Negó con la cabeza.

—Tú también estás hecho un bombón, pero de chocolate blanco, mi amor...

De estilo ibicenco, el cuerpo de mi vestido envolvía mi figura de una delicada manera. En cuanto a su suave tela, le proporcionaba una extraordinaria caída etérea que se veía acentuada con un exquisito encaje floral sobre la cintura. Su abertura lateral y su escote *deep plunge* le conferían la nota sexy.

Al finalizar la ceremonia, durante la cual Noel y yo no dejamos de prodigarnos muestras de cariño, todos los nuestros rompieron a aplaudir y nosotros nos fundimos en un interminable beso que supuso el comienzo de un matrimonio que habíamos deseado desde el día que nos reencontramos en París.

—¿No es lo más bonito que habéis visto nunca en novia? —chilló Noel tomándome en brazos y provocando mi carcajada.

Ese fue el preludio de un día en el que el mar, ese que un día nos unió y nos dio la posibilidad de conocer el significado del amor, fue testigo de nuestra unión.

Por delante teníamos un montón de horas para disfrutar con todos aquellos que habían puesto su granito de arena, y nunca mejor dicho, para hacer realidad nuestro sueño.

Sobre aquella rústica alfombra de material natural colocada delante del altar, Noel y yo dimos los primeros pasos como marido y mujer, con la ilusión por bandera.

La celebración, cuyos detalles habíamos mantenido en el más estricto de los secretos, era todo un misterio para los nuestros, que se empezó a desvelar cuando aquellas zodiacs se acercaron a recogernos a la orilla del mar.

—Hija mía, ¿adónde vamos? Esto sí que es una sorpresa. —Mi madre se recogía el vestido para embarcar la primera, seguro que ella no se quedaba en tierra.

Divididos en dos grupos, avanzamos mar adentro hasta aquel barco exclusivo que habíamos elegido para la ocasión.

Divertida, original y única, así nos habíamos propuesto que fuera nuestra boda y, celebrarla en alta mar fue la mejor elección.

El día más feliz de mi vida no pudo salir mejor y es que, en tan mágico escenario, descubrí que aquello solo era el comienzo del camino que quería recorrer el resto de mis días; me daba igual el destino, si era de la mano de Noel...